Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/lasmejorespoesia0000done

LAS
Mejores Poesías Líricas
DE
LA LENGUA CASTELLANA

ESCOGIDAS
POR
DON ELÍAS C. HILLS
Y
DON SILVANO G. MORLEY

NUEVA YORK
HENRY HOLT Y COMPAÑÍA
1910

Copyright, 1910,

by

HENRY HOLT AND COMPANY

PRÓLOGO

Comprende esta colección setenta y seis poesías de las mejores de la literatura castellana. Dos fines se propusieron los editores de la colección: presentar al lector una selección representativa del genio poético de España y de la América española; y no admitir ninguna composición que no tuviera marcada excelencia.

Hemos reconocido la dificultad de la selección, en que ha de influir mucho el gusto individual; pero al escoger las poesías hemos dado la debida consideración al juicio de los críticos literarios más eminentes. Sentimos que las obligadas dimensiones de este libro no nos permita incluir en él otras muchas composiciones de gran mérito; mas creemos que entre las escogidas hallará el lector las más preciosas joyas de la lengua castellana.

Entre las poesías líricas van incluidos también seis romances y tres leyendas, en que se entremezcla lo épico con lo lírico. Se han colocado las poesías de cada país en orden estrictamente cronológico.

Creemos fundadamente que esta obra tendrá buena acogida por parte de todos los que amen las bellas letras, así de los países hispano-americanos como de la España.

E. C. H.
S. G. M.

ÍNDICE

ESPAÑA

ROMANCES: PÁG.

Abenámar 1
Fonte-frida 3
El conde Arnaldos 4
La constancia 5
El amante desdichado 5
El prisionero 7

VICENTE (GIL) (1470–1540?)
Canción 8

TERESA DE JESÚS (SANTA) (1515–1582)
Letrilla (que llevaba por registro en su breviario) . . 9

LEÓN (FRAY LUIS DE) (1527–1591)
Vida retirada 9

ANÓNIMO
Á Cristo crucificado 12

VEGA (LOPE DE) (1562–1635)
Canción de la Virgen 13
Mañana 14

QUEVEDO (FRANCISCO DE) (1580–1645)
Epístola satírica al conde de Olivares 15
Letrilla satírica 16

VILLEGAS (ESTEBAN MANUEL DE) (1596–1669)
Cantilena: De un pajarillo 17

CALDERÓN DE LA BARCA (PEDRO) (1600–1681)
"Estas que fueron pompa y alegría," 18
Consejo de Crespo á su hijo 19

GONZÁLEZ (FRAY DIEGO) (1733–1794)
El murciélago alevoso 20

PÁG.

MORATÍN (NICOLÁS F. DE) (1737–1780)
Fiesta de toros en Madrid 26

JOVELLANOS (GASPAR M. DE) (1744–1811)
Á Arnesto 38

MELÉNDEZ VALDÉS (JUAN) (1754–1817)
Rosana en los fuegos 42

QUINTANA (MANUEL JOSÉ) (1772–1857)
Oda á España, después de la revolución de marzo . . 46

SOLÍS (DIONISIO) (1774–1834)
La pregunta de la niña 51

GALLEGO (JUAN NICASIO) (1777–1853)
El Dos de Mayo 54

MARTÍNEZ DE LA ROSA (FRANCISCO) (1787–1862)
El nido 60

RIVAS (DUQUE DE) (1791–1865)
Un castellano leal 61

AROLAS (PADRE JUAN) (1805–1849)
"Sé más feliz que yo" 71

ESPRONCEDA (JOSÉ DE) (1810–1842)
Canción del pirata 73
Á la patria 76

ZORRILLA (JOSÉ) (1817–1893)
Oriental 79
Indecisión 82
La fuente 86
Á buen juez, mejor testigo. 86

TRUEBA (ANTONIO DE) (1821–1889)
Cantos de pájaro 112
La perejilera 114

SELGAS (JOSÉ) (1821–1882)
La modestia 114

ALARCÓN (PEDRO ANTONIO DE) (1833–1891)
El Mont-Blanc 117
El secreto 120

BÉCQUER (GUSTAVO A.) (1836–1870)
Rimas: II 121
VII 122
LIII 122
LXXIII 124

PÁG.

QUEROL VICENTE W.) (1836–1889)
En Noche-Buena 128

CAMPOAMOR (RAMÓN DE) (1817–1901)
Proximidad del bien 133
¡Quién supiera escribir! 134
El mayor castigo 136

NÚÑEZ DE ARCE (GASPAR) (1834–1903)
¡Excelsior! 137
Tristezas 137
¡Sursum Corda! 144

PALACIO (MANUEL DEL) (1832–1906)
Amor oculto 148

BARTRINA (JOAQUÍN MARÍA) (1850–1880)
Arabescos 148

REINA (MANUEL) (1860–)
La poesía 149

ARGENTINA

ECHEVERRÍA (O. ESTEBAN) (1805–1851)
Canción de Elvira 151

ANDRADE (OLEGARIO VICTOR) (1838–1882)
Atlántida 152
Prometeo 159

OBLIGADO (RAFAEL) (1852–)
En la ribera 160

COLOMBIA

ORTIZ (JOSÉ JOAQUÍN) (1814–1892)
Colombia y España 162

CARO (JOSÉ EUSEBIO) (1817–1853)
El ciprés 164

MARROQUÍN (JOSÉ MANUEL) (1827–)
Los cazadores y la perrilla 167

CARO (MIGUEL ANTONIO) (1843–)
Vuelta á la patria 171

PÁG.

Arrieta (Diógenes A.) (1848–)
En la tumba de mi hijo 174
Gutiérrez Ponce (Ignacio) (1850–)
Dolora 175
Garavito A. (José María) (1860–)
Volveré mañana 177

CUBA

Heredia (José María) (1803–1839)
En el teocalli de Cholula 179
El Niágara 184
"Plácido" (Gabriel de la Concepción Valdés) (1809–1844)
Plegaria á Dios 190
Avellaneda (Gertrudis Gómez de) (1816–1873)
Á Wáshington 191
Al partir 192

ECUADOR

Olmedo (José Joaquín) (1780–1847)
La victoria de Junín 193

MÉXICO

Pesado (José Joaquín de) (1801–1861)
Serenata 199
Calderón (Fernando) (1809–1845)
La rosa marchita 200
Acuña (Manuel) (1849–1873)
Nocturno: Á Rosario 202
Peza (Juan de Dios) (1852–1910)
Reir llorando 207
Fusiles y muñecas 207

NICARAGUA

Darío (Rubén) (1864–)
Á Roosevelt 211

VENEZUELA

PÁG.

Bello (Andrés) (1781–1865)
Á la victoria de Bailén 214
La agricultura de la zona tórrida 214
Pérez Bonalde (Juan A.) (1846–1892)
Vuelta á la patria 220
Martín de la Guardia (Heraclio) (1830–)
Última ilusión 224

ESPAÑA

ROMANCES

ABENÁMAR

¡Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había!
Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida:
moro que en tal signo nace,
no debe decir mentira. —
Allí respondiera el moro,
bien oiréis lo que decía:
— Yo te la diré, señor,
aunque me cueste la vida,
porque soy hijo de un moro
y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho
mi madre me lo decía:
que mentira no dijese,
que era grande villanía:
por tanto pregunta, rey,

que la verdad te diría.
— Yo te agradezco, Abenámar
aquesa tu cortesía.
¿Qué castillos son aquéllos?
¡Altos son y relucían!
— El Alhambra era, señor,
y la otra la mezquita;
los otros los Alixares,
labrados á maravilla.
El moro que los labraba
cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra
otras tantas se perdía.
El otro es Generalife,
huerta que par no tenía;
el otro Torres Bermejas,
castillo de gran valía. —
Allí habló el rey don Juan,
bien oiréis lo que decía:
— Si tú quisieses, Granada,
contigo me casaría;
daréte en arras y dote
á Córdoba y á Sevilla.
— Casada soy, rey don Juan,
casada soy, que no viuda;
el moro que á mí me tiene
muy grande bien me quería.

FONTE-FRIDA

Fonte-frida, fonte-frida,
fonte-frida y con amor,
do todas las avecicas
van tomar consolación,
sino es la tortolica
que está viuda y con dolor.
Por allí fuera á pasar
el traidor de ruiseñor:
las palabras que le dice
llenas son de traición:
— Si tú quisieses, señora,
yo sería tu servidor.
— Vete de ahí, enemigo,
malo, falso, engañador,
que ni poso en ramo verde,
ni en prado que tenga flor;
que si el agua hallo clara,
turbia la bebía yo;
que no quiero haber marido,
porque hijos no haya, no:
no quiero placer con ellos,
ni menos consolación.
¡Déjame, triste enemigo,
malo, falso, mal traidor,
que no quiero ser tu amiga,
ni casar contigo, no.

EL CONDE ARNALDOS

¡Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano
la caza iba á cazar,
vió venir una galera
que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
la jarcia de un cendal,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar facía en calma,
los vientos hace amainar,
los peces que andan nel hondo
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
nel mástel las faz posar.
Allí fabló el conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
— Por Dios te ruego, marinero,
dígasme ora ese cantar. —
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué á dar:
— Yo no digo esta canción
sino á quien conmigo va.

LA CONSTANCIA

Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear,
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre velar.
Las manidas son escuras,
los caminos por usar,
el cielo con sus mudanzas
ha por bien de me dañar,
andando de sierra en sierra
por orillas de la mar,
por probar si en mi ventura
hay lugar donde avadar.
Pero por vos, mi señora,
todo se ha de comportar.

EL AMANTE DESDICHADO

En los tiempos que me vi
más alegre y placentero,
yo me partiera de Burgos
para ir á Valladolid:
encontré con un Palmero,
quien me habló, y dijo así:
— ¿Dónde vas tú, el desdichado?
¿Dónde vas? ¡triste de ti!
¡Oh persona desgraciada,
en mal punto te conocí!
Muerta es tu enamorada,

muerta es, que yo la vi;
las andas en que la llevan
de negro las vi cubrir,
los responsos que le dicen
yo los ayudé á decir:
siete condes la lloraban,
caballeros más de mil,
llorábanla sus doncellas,
llorando dicen así:
— ¡Triste de aquel caballero
que tal pérdida pierde aquí! —
Desque aquesto oí, mezquino,
en tierra muerto caí,
y por más de doce horas
no tornara, triste, en mí.
Desque hube retornado,
á la sepultura fuí,
con lágrimas de mis ojos
llorando decía así:
— Acógeme, mi señora,
acógeme á par de ti. —
Al cabo de la sepultura
esta triste voz oí:
— Vive, vive, enamorado,
vive, pues que yo morí:
Dios te dé ventura en armas,
y en amor otro que sí,
que el cuerpo come la tierra,
y el alma pena por ti. —

EL PRISIONERO

Por el mes era de mayo
cuando hace la calor,
cuando canta la calandria,
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van á servir al amor,
sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son,
sino por un avecilla
que me cantaba al albor.
Matómela un ballestero,
¡déle Dios mal galardón!
Cabellos de mi cabeza
lléganme al corvejón;
los cabellos de mi barba
por manteles tengo yo:
las uñas de las mis manos
por cuchillo tajador.
Si lo hacía el buen rey,
hácelo como señor:
si lo hace el carcelero,
hácelo como traidor.
Mas ¡quién ahora me diese
un pájaro hablador,
siquiera fuese calandria,

ó tordico ó ruiseñor:
criado fuese entre damas
y avezado á la razón,
que me lleve una embajada
á mi esposa Leonor,
que me envíe una empanada,
no de truchas ni salmón,
sino de una lima sorda
y de un pico tajador:
la lima para los hierros,
y el pico para el torreón! —
Oídolo había el rey,
mandóle quitar la prisión.

DON GIL VICENTE

CANCIÓN

Muy graciosa es la doncella:
¡cómo es bella y hermosa!
Digas tú, el marinero
que en las naves vivías,
si la nave ó la vela ó la estrella
es tan bella.
Digas tú, el caballero
que las armas vestías,
si el caballo ó las armas ó la guerra
es tan bella.
Digas tú, el pastorcico

que el ganadico guardas,
si el ganado ó los valles ó la sierra
es tan bella.

SANTA TERESA DE JESÚS

LETRILLA QUE LLEVABA POR REGISTRO EN SU BREVIARIO

Nada te turbe;
nada te espante;
todo se pasa;
Dios no se muda,
la paciencia todo lo alcanza.
Quien á Dios tiene,
nada le falta.
Solo Dios basta.

FRAY LUIS DE LEÓN

VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,

ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento
si soy del vano dedo señalado?
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, y mortal cuidado?
¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡oh secreto seguro deleitoso!
roto casi el navío,
á vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
con su cantar süave no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,

gozar quiero del bien que debo al cielo,
á solas sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego sosegada
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso rüido
que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían:
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen á porfía.
Á mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me baste, y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
en sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo á la sombra esté cantando;
Á la sombra tendido
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

ANÓNIMO

Á CRISTO CRUCIFICADO

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara.
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

DON LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

CANCIÓN DE LA VIRGEN

Pues andáis en las palmas,
Ángeles santos,
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos.
Palmas de Belén
Que mueven airados
Los furiosos vientos,
Que suenan tanto,
No le hagáis ruido,
Corred más paso;
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos.
El niño divino,
Que está cansado

De llorar en la tierra,
Por su descanso
Sosegar quiere un poco
Del tierno llanto;
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos.
Rigurosos hielos
Le están cercando,
Ya veis que no tengo
Con que guardarlo:
Ángeles divinos,
Que vais volando,
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos.

MAÑANA

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
Que á mi puerta, cubierto de rocío,
Pasas las noches del invierno escuras?
¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
Pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
Si de mi ingratitud el hielo frío
Secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate agora á la ventana;
Verás con cuánto amor llamar porfía!»
Y ¡cuántas, hermosura soberana,

«Mañana le abriremos,» respondía!
Para lo mismo responder mañana.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

EPÍSTOLA SATÍRICA Y CENSORIA

Contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita al Conde-Duque de Olivares

No he de callar, por más que con el dedo,
Ya tocando la boca, ó ya la frente,
Silencio avises ó amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
Hoy sin miedo que libre escandalice
Puede hablar el ingenio, asegurado
De que mayor poder le atemorice.
En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio y la verdad desnuda,
Y romper el silencio el bien hablado.
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
Que es lengua la verdad de Dios severo
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
Son la verdad y Dios, Dios verdadero:
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.

. . . . . .

LETRILLA SATÍRICA

Poderoso caballero
Es don Dinero.
Madre, yo al oro me humillo:
Él es mi amante y mi amado,
Pues de puro enamorado,
De contino anda amarillo;
Que pues, doblón ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Nace en las Indias honrado,
Donde el mundo le acompaña;
Viene á morir en España
Y es en Génova enterrado.
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso, aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Es galán y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro;
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Son sus padres principales

Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de Oriente
Todas las sangres son reales:
Y pues es quien hace iguales
Al duque y al ganadero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

. . . . . .

DON ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS

CANTILENA: DE UN PAJARILLO

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento

Ya sonoro volvía.
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguía;
Y saltando en la grama,
Parece que decía:
«Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía»;
Y que le respondía
El rústico: «No quiero.»

DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

SONETO

Estas que fueron pompa y alegría
Despertando al albor de la mañana,
Á la tarde serán lástima vana
Durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana:
¡Tanto se emprende en término de un día!
Á florecer las rosas madrugaron,
Y para envejecerse florecieron:
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron:
En un día nacieron y expiraron;
Que pasados los siglos, horas fueron.

CONSEJO DE CRESPO Á SU HIJO

EL ALCALDE DE ZALAMEA (II, 21)

Por la gracia de Dios, Juan,
Eres de linaje limpio
Más que el sol, pero villano:
Lo uno y lo otro te digo,
Aquello, porque no humilles
Tanto tu orgullo y tu brío,
Que dejes, desconfiado,
De aspirar con cuerdo arbitrio
Á ser más; lo otro, porque
No vengas, desvanecido,
Á ser menos: igualmente
Usa de entrambos designios
Con humildad; porque siendo
Humilde, con recto juicio
Acordarás lo mejor;
Y como tal, en olvido
Pondrás cosas que suceden
Al revés en los altivos.
¡Cuántos, teniendo en el mundo
Algún defecto consigo,
Le han borrado por humildes!
Y ¡á cuántos, que no han tenido
Defecto, se le han hallado,
Por estar ellos mal vistos!
Sé cortés sobremanera,
Sé liberal y esparcido:

Que el sombrero y el dinero
Son los que hacen los amigos;
Y no vale tanto el oro
Que el sol engendra en el indio
Suelo y que conduce el mar,
Como ser uno bienquisto.
No hables mal de las mujeres:
La más humilde, te digo
Que es digna de estimación,
Porque, al fin, dellas nacimos.

. . . . . .

FRAY DIEGO GONZÁLEZ

EL MURCIÉLAGO ALEVOSO

INVECTIVA

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento,
Con gracioso talento,
Una tierna canción, y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente expresión le encarecía
El fuego que en su casto pecho ardía.
Y estando divertida,
Un murciélago fiero, ¡suerte insana!
Entró por la ventana;
Mirta dejó la pluma, sorprendida,

Temió, gimió, dió voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la canción, los versos bellos
De borrones llenó, por recogellos.
Y Delio, noticioso
Del caso que en su daño había pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que había la canción interrumpido,
Y á su Mirta afligido,
En cólera y furor se consumía,
Y así á la ave funesta maldecía:
«Oh monstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave,
Visión nocturna grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fría,
¿Qué tienes tú que hacer donde está el día?
«Tus obras y figura
Maldigan de común las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada día á la alba pura;
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda
Que á un murciélago vil suceder pueda.
«La lluvia repetida,

Que viene de lo alto arrebatada,
Tan sólo reservada
Á las noches, se oponga á tu salida;
Ó el relámpago pronto reluciente
Te ciegue y amedrente;
Ó soplando del Norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.
«La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue, inadvertida,
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe;
Y al ver que bulle y vive,
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.
«Y luego sobrevenga
El juguetón gatillo bullicioso,
Y primero medroso
Al verte, se retire y se contenga,
Y bufe y se espeluce horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los pies apenas toque el suelo.
«Mas luego recobrado,
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento

Que en ti llegue á notar su perspicacia,
Le provoque al asalto y le dé audacia.
«En fin sobre ti venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces á lo alto.
«Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comúnmente desabridos;
Que á todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que ya la edad ó la cultura
Nos dan humanidad y más cordura.
«Entre con algazara
La pueril tropa, al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oirte chillar alcen el grito
Y te llamen maldito;
Y creyéndote al fin del diablo imagen,
Te abominen, te escupan y te ultrajen.
«Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,

Y al hocico te apliquen candelillas,
Y se rían con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y á tus tristes querellas ponderadas
Correspondan con fiesta y carcajadas.
«Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de aguijones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados
(De diversión y fiesta ya rendidos),
Te embistan atrevidos,
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.
«Te puncen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.
«Y las supersticiones
De las viejas creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones,
Para encenderlos en la noche obscura,
Creyendo sin cordura
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.

«Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori, gori, cantando,
Y en dos filas delante se compongan,
Y otros, fingiendo voces lastimeras,
Sigan de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso
Al muladar más sucio y asqueroso;
«Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

Epitafio

«Aquí yace el murciélago alevoso,
Que al sol horrorizó y ahuyentó el día,
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía:
No sigas, caminante, presuroso,
Hasta decir sobre esta losa fría:
Acontezca tal fin y tal estrella
Á aquel que mal hiciere á Mirta bella.»

DON NICOLÁS F. DE MORATÍN

FIESTA DE TOROS EN MADRID

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenón de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar
Por si la puede ablandar
El corazón de diamante.
Pasó, vencida á sus ruegos,
Desde Aravaca á Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.
Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y preseas,
La dicha de sus amores.
Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas:
Las más apuestas doncellas
Que España entonces tenía.

Aja de Jetafe vino,
Y Zahara la de Alcorcón,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabón.
Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llevó á asombrar á Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.
De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
Dos, cada cual más hermosa,
Y Fátima la preciosa,
Hija de Alí el alcadí.
El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en la arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.
La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.
Añafiles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva, y señales
De mostrar su valentía

Los moros más principales.
No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de Viveros,
Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel día;
Y en la fiesta que gozó,
La popular alegría
Muchas heridas costó.
Salió un toro del toril
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luego á Benalguacil;
Después con Hamete cierra
El temerón de Conil.
Traía un ancho listón
Con uno y otro matiz
Hecho un lazo por airón,
Sobre la inhiesta cerviz
Clavado con un arpón.
Todo galán pretendía
Ofrecerle vencedor
Á la dama que servía:
Por eso perdió Almanzor
El potro que más quería.
El alcaide muy zambrero
De Guadalajara, huyó
Mal herido al golpe fiero,

Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.
Todos miran á Aliatar,
Que, aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar,
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.
Mas viendo se culparía,
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometía,
Y sin que el rejón la plante
Le mató una yegua pía.
Otra monta acelerado:
Le embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.
Dió vuelta hiriendo y matando
Á los de á pie que encontrara,
El circo desocupando,
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.
Nadie se atreve á salir:
La plebe grita indignada,
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.
Ninguno al riesgo se entrega
Y está en medio el toro fijo,

Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega,
Hincó la rodilla, y dijo:
Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear á un toro
Un caballero cristiano.
Mucho le pesa á Aliatar;
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar,
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.
Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar en la plaza
Un bizarro caballero,
Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.
Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube,
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube;
Gorguera de anchos follajes,

De una cristiana primores;
En el yelmo los plumajes
Por los visos y celajes
Vergel de diversas flores;
  En la cuja gruesa lanza,
Con recamado pendón,
Y una cifra á ver se alcanza,
Que es de desesperación,
Ó á lo menos de venganza.
  En el arzón de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.
  Era el caballo galán,
El bruto más generoso,
De más gallardo ademán:
Cabos negros, y brioso,
Muy tostado, y alazán,
  Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.
  Nunca en el ancho rodeo
Que da Betis con tal fruto
Pudo fingir el deseo
Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor;
Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor:
¡Alá te salve! decían,
¡Déte el Profeta favor!
Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela ni se estima.
Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.
Mas cuando en medio se para,
Y de más cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y así la dice, y suspira:
— Señora, sueños no son;
Así los cielos, vencidos
De mi ruego y aflicción,
Acerquen á mis oídos
Las campanas de León,
Como ese doncel, que ufano
Tanto asombro viene á dar
Á todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Bivar,

El soberbio castellano.—
Sin descubrirle quién es,
La Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés,
Por donde se abrió después
El cubo de la Almudena;
Y supo que, fugitivo
De la corte de Fernando,
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.
Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías
Y todo en torno la cerca;
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.
Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones,
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.
La mora se puso en pie
Y sus doncellas detrás:
El alcaide que lo ve,
Enfurecido además,
Muestra cuán celoso esté.
Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,

Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.
Crece la algazara, y él,
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate crüel:
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.
El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.
Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió;
Detrás de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.
Brama la fiera burlada;
Segunda vez acomete,
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.
Pero ya Rodrigo espera
Con heroico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento:
Se engalla el toro y altera,
Y finje acometimiento.
La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja

Con el hueso retorcido;
El suelo huele y le moja
En ardiente resoplido.
La cola inquieto menea,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atrás,
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu más.
El que en esta ocasión viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuanto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.
Mas ¡ay, que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo,
Ni llama así fulminante
Cruza en negra obscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,
Como el bruto se abalanza
Con terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.
La confusa vocería

Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecía
Que honda mina reventó,
Ó el monte y valle se hundía.
Á caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó
Y á los balcones llegaba.
Y alzándose en los estribos,
Le alarga á Zaida, diciendo:
— Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo;
Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
Á otra persona en Madrid. —
Ella, el rostro placentero,
Dijo, y turbada: — Señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero. —
Y besando el rico don,
Para agradar al doncel,
Le prende con afición
Al lado del corazón
Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se ve,
Y, trémulo y amarillo,
Sobre un tremecén rosillo
Lozaneándose fué.
Y en ronca voz: — Castellano,
Le dice, con más decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.
Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra,
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala. —
— Así, dijo el de Bivar,
Respondo —; y la lanza al ristre
Pone, y espera á Aliatar;
Mas sin que nadie administre
Orden, tocaron á armar.
Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prisión pedía,
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompetería.
Entre la Monclova y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que, viendo como tardó,
Se acerca, oyó el alboroto,

Y al muro se abalanzó.
Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor,
Y Zaida á le despedir,
Iban la fuerza á embestir:
Tal era ya su furor.
El alcaide, recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando,
Y por el parque florido
Salió con él razonando.
Y es fama que, á la bajada,
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

Á ARNESTO

¿Quis tam patiens ut teneat se?
JUVENAL

Déjame, Arnesto, déjame que llore
Los fieros males de mi patria, deja
Que su rüina y perdición lamente;
Y si no quieres que en el centro obscuro
De esta prisión la pena me consuma,
Déjame al menos que levante el grito
Contra el desorden: deja que á la tinta

Mezclando miel y acíbar, siga indócil
Mi pluma el vuelo del bufón de Aquino.
¡Oh! ¡cuánto rostro veo, á mi censura,
De palidez y de rubor cubierto!
Ánimo, amigos, nadie tema, nadie,
Su punzante aguijón; que yo persigo
En mi sátira el vicio, no al vicioso.

. . . . . .

Ya la notoriedad es el más noble
Atributo del vicio, y nuestras Julias,
Más que ser malas quieren parecerlo.
Hubo un tiempo en que andaba la modestia
Dorando los delitos; hubo un tiempo
En que el recato tímido cubría
La fealdad del vicio; pero huyóse
El pudor á vivir en las cabañas.

. . . . . .

¡Oh infamia! ¡oh siglo! ¡oh corrupción! Matronas
Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro
Pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias
En Laís os volvió? ¿Ni el proceloso
Océano, ni, lleno de peligros,
El Lilibeo, ni las arduas cumbres
De Pirene pudieron guareceros
Del contagio fatal? Zarpa preñada
De oro la nao gaditana, aporta
Á las orillas gálicas, y vuelve
Llena de objetos fútiles y vanos;

Y entre los signos de extranjera pompa
Ponzoña esconde y corrupción, compradas
Con el sudor de las iberas frentes;
Y tú, mísera España, tú la esperas
Sobre la playa, y con afán recoges
La pestilente carga, y la repartes
Alegre entre tus hijos. Viles plumas,
Gasas y cintas, flores y penachos
Te trae en cambio de la sangre tuya;
De tu sangre ¡oh baldón! y acaso, acaso
De tu virtud y honestidad. Repara
Cual la liviana juventud los busca.
Mira cual va con ellos engreída
La impudente doncella; su cabeza,
Cual nave real en triunfo empavesada,
Vana presenta del favonio al soplo
La mies de plumas y de airones, y anda
Loca, buscando en la lisonja el premio
De su indiscreto afán. ¡Ay triste! guarte,
Guarte, que está cercano el precipicio.
El astuto amador ya en asechanza
Te atisba y sigue con lascivos ojos;
La adulación y la caricia el lazo
Te van á armar, do caerás incauta,
En él tu oprobio y perdición hallando.
¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
Te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
Será y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas

Del nunca exhausto Potosí no bastan
Á saciar el hidrópico deseo,
La ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo
Lo que antes un Estado, y se consume
En un festín la dote de una infanta;
Todo lo tragan; la riqueza unida
Va á la indigencia; pide y pordiosea
El noble, engaña, empeña, malbarata,
Quiebra y perece, y el logrero goza
Los pingües patrimonios, premio un día
Del generoso afán de altos abuelos.
¡Oh ultraje! ¡oh mengua! todo se trafica:
Parentesco, amistad, favor, influjo,
Y hasta el honor, depósito sagrado,
Ó se vende ó se compra. Y tú, belleza,
Don el más grato que dió al hombre el cielo,
No eres ya premio del valor, ni paga
Del peregrino ingenio; la florida
Juventud, la ternura, el rendimiento
Del constante amador ya no te alcanzan.
Ya ni te das al corazón, ni sabes
De él recibir adoración y ofrendas.
Ríndeste al oro. La vejez hedionda,
La sucia palidez, la faz adusta,
Fiera y terrible, con igual derecho
Vienen sin susto á negociar contigo.
Daste al barato, y tu rosada frente,
Tus suaves besos y tus dulces brazos,

Corona un tiempo del amor más puro,
Son ya una vil y torpe mercancía.

DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

ROSANA EN LOS FUEGOS

Del sol llevaba la lumbre,
Y la alegría del alba,
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos
Salió la fiesta de Pascua
Para abrasar todo el valle
En mil amorosas ansias.
Por do quiera que camina
Lleva tras sí la mañana,
Y donde se vuelve rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga,
Los Amores la rodean
Y las Gracias la acompañan.
Y ella, así como en el valle
Descuella la altiva palma
Cuando sus verdes pimpollos
Hasta las nubes levanta;
Ó cual vid de fruto llena
Que con el olmo se abraza,

Y sus vástagos extiende
Al arbitrio de las ramas;
Así entre sus compañeras
El nevado cüello alza,
Sobresaliendo entre todas
Cual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla;
De amor mata á los pastores
Y de envidia á las zagalas.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas;
Que todos corren por verla
Y al verla todos se abrasan.
¡Qué de suspiros se escuchan!
¡Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire
Y no se esmere en loarla.
Cual absorto la contempla
Y á la aurora la compara
Cuando más alegre sale
Y el cielo en albores baña;
Cual al fresco y verde aliso
Que crece al margen del agua,
Cuando más pomposo en hojas
En su cristal se retrata;
Cual á la luna, si muestra
Llena su esfera de plata,
Y asoma por los collados

De luceros coronada.
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban,
Y cuanto más la contemplan
Muy más hermosa la hallan.
Que es como el cielo su rostro
Cuando en la noche callada
Brilla con todas sus luces
Y los ojos embaraza.
¡Ay, qué de envidias se encienden!
¡Ay, qué de celos que causa
En las serranas del Tormes
Su perfección sobrehumana!
Las más hermosas la temen,
Mas sin osar murmurarla;
Que como el oro más puro
No sufre una leve mancha.
Bien haya tu gentileza,
Una y mil veces bien haya,
Y abrase la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana.
Toda, toda eres perfecta,
Toda eres donaire y gracia,
El amor vive en tus ojos
Y la gloria está en tu cara.
La libertad me has robado,
Yo la doy por bien robada,
Mas recibe el don benigna
Que mi humildad te consagra.

Esto un zagal la decía
Con razones mal formadas,
Que salió libre á los fuegos
Y volvió cautivo á casa.
Y desde entonces perdido
El día á sus puertas le halla;
Ayer le cantó esta letra
Echándole la alborada:
  Linda zagaleja
De cuerpo gentil,
Muérome de amores
Desde que te vi.
  Tu talle, tu aseo,
Tu gala y donaire,
No tienen, serrana,
Igual en el valle.
Del cielo son ellos
Y tú un serafín:
Muérome de amores
Desde que te vi.
  De amores me muero,
Sin que nada baste
Á darme la vida
Que allá te llevaste,
Si ya no te dueles,
Benigna, de mí;
Que muero de amores
Desde que te vi.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

ODA Á ESPAÑA, DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE MARZO

¿Qué era, decidme, la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino?
Volábase á occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Do quiera España: en el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del África, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano;
La tierra sus mineros le rendía,
Sus perlas y coral el Oceano,
Y donde quier que revolver sus olas
Él intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.
Ora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada á la insolencia ajena,
Como esclava en mercado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas! ¡oh Dios! Su aliento impuro,
La pestilente fiebre respirando,
Infestó el aire, emponzoñó la vida;

La hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó; tres veces
De Jano el templo abrimos,
Y á la trompa de Marte aliento dimos;
Tres veces ¡ay! Los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, oh Iberia?
¿Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto?
Así rota la vela, abierto el lado,
Pobre bajel á naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado,
Por los yermos del mar; ya ni en su popa
Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento
La flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero,
Ahogó su vocería
El ronco marinero,
Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frío;
Y él va á estrellarse al áspero bajío.
Llega el momento, en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al occidente,
Y fiero exclama: «El occidente es mío.»

Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno obscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan;
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso
Pensáis que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estiméis: grillos, esposas,
Cadenas son que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.
Estremecióse España
Del indigno rumor que cerca oía,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcán que en su interior hervía.
Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden;
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden:
«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,
Los colosos de oprobio y de vergüenza
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;
Y tú, orgulloso y fiero,
Viendo que aun hay Castilla y castellanos,
Precipitas al mar tus rubias ondas,

Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»
¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!
¿Con que puede ya dar el labio mío
El nombre augusto de la patria al viento?
Yo le daré; mas no en el arpa de oro
Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí; no aprisionado
En estrecho recinto, en que se apoca
El numen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo,
Y el aire abierto á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfría,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Único asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que á occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis
Ved del Tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centelleante espada,
Y allá sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena

Animarse los miembros giganteos.
En torvo ceño y desdeñosa pena
Ved como cruzan por los aires vanos;
Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frías,
En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!
¡Pues qué! ¿Con faz serena
Vierais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambición ajena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento
Llegó ya de arrojarse á la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran día
El altar de la patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte.
Juradlo, ella os lo manda: *¡Antes la muerte*
Que consentir jamás ningún tirano!»
Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro también, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza;
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastación en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura

No se muere una vez? ¿No iré, expirando,
Á encontrar nuestros ínclitos mayores?
«¡Salud, oh padres de la patria mía,
Yo les diré, salud! La heroica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blasón divino.»

DON DIONISIO SOLÍS

LA PREGUNTA DE LA NIÑA

Madre mía, yo soy niña;
No se enfade, no me riña,
Si fiada en su prudencia
Desahogo mi conciencia,
Y contarle solicito
Mi desdicha ó mi delito,
Aunque muerta de rubor.
Pues Blasillo el otro día,
Cuando mismo anochecía,
Y cantando descuidada
Conducía mi manada,
En el bosque, por acaso,
Me salió solito al paso,
Más hermoso que el amor.
Se me acerca temeroso,

Me saluda cariñoso,
Me repite que soy linda,
Que no hay pecho que no rinda,
Que si río, que si lloro,
Á los hombres enamoro,
Y que mato con mirar.
Con estilo cortesano
Se apodera de mi mano,
Y entre dientes, madre mía,
No sé bien qué me pedía;
Yo entendí que era una rosa,
Pero él dijo que era otra cosa,
Que yo no le quise dar.
¿Sabe usted lo que decía
El taimado que quería?
Con vergüenza lo confieso,
Mas no hay duda que era un beso
Y fué tanto mi sonrojo,
Que irritada de su arrojo,
No sé como no morí.
Mas mi pecho enternecido
De mirarle tan rendido,
Al principio resistiendo,
Él instando, yo cediendo,
Fué por fin tan importuno,
Que en la boca, y sólo uno,
Que me diera permití.
Desde entonces, si le miro,
Yo no sé por qué suspiro,

Ni por qué si á Clori mira
Se me abrasa el rostro en ira;
Ni por qué, si con cuidado
Se me pone junto al lado,
Me estremezco de placer.
  Siempre orillas de la fuente
Busco rosas á mi frente,
Pienso en él y me sonrío,
Y entre mí le llamo mío,
Me entristezco de su ausencia,
Y deseo en su presencia
La más bella parecer.
  Confundida, peno y dudo,
Y por eso á usted acudo;
Dígame, querida madre,
Si sentía por mi padre
Este plácido tormento,
Esta dulce que yo siento
Deliciosa enfermedad.
  Diga usted con qué se cura
Ó mi amor, ó mi locura,
Y si puede por un beso,
Sin que pase á más exceso,
Una niña enamorarse,
Y que trate de casarse
Á los quince de su edad.

DON JUAN NICASIO GALLEGO

EL DOS DE MAYO

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que, esquivando el sueño,
En tu silencio pavoroso gime:
No desdeñes mi voz; letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo día
Trace al furor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mía,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta, desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el león guerrero
Lanza á sus pies rugido lastimero.

¡Ay, que cual débil planta
Que agota en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destrucción Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
¿Mas qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
En quien su honor y su defensa fía,
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolación habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno,
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el joven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
De los duros satélites en torno,
La triste madre, la afligida esposa.
Con doliente clamor; la pavorosa

Fatal descarga suena,
Que á luto y llanto eterno la condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡cuánto estrago!
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz: «¡Ah! ¿Qué te hice?»
Exclama el triste en lágrimas deshecho:
«Mi pan y mi mansión partí contigo,
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
Templé tu sed, y me llamé tu amigo;
¿Y ahora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
Con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando: «¡fuego!»
Tinto en su sangre el desgraciado expira.
Y en tanto ¿dó se esconden?
¿Dó están ¡oh cara patria! tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que, haciendo alarde
De su perfidia y dolo,
Á merced de los vándalos te dejan,
Como entre hierros el león, forcejean
Con inútil afán. Vosotros sólo,
Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
Que osando resistir al gran torrente

Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre musa
Jamás el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento,
Al que la acción magnánima os eleva,
El himno oid que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama alígera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.
Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolación sus plazas cubre,
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco son de los preñados bronces,
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Ois cómo, rompiendo
De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan, que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen,
Bramando, los atroces forajidos,
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cuál se despliegan,
Penetrando en los hondos aposentos,
De sangre y oro y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.

Aquí, matando al dueño, se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada;
La familia asolada
Yace expirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmín de su mejilla,
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro,
De su verdugo ante los pies se humilla
Tímida virgen, de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.
¡Horrible atrocidad! . . . Treguas ¡oh musa!
Que ya la voz rehusa
Embargada en suspiros mi garganta.
Y en ignominia tanta,
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
«¡Venganza y guerra!» resonó en su tumba;
«¡Venganza y guerra!» repitió Moncayo;

Y al grito heroico que en los aires zumba,
«¡Venganza y guerra!» claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico son la regia frente,
Y del Patrón valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: «¡Guerra y venganza!»
¡Oh sombras infelices
De los que aleve y bárbara cuchilla
Robó á los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
Cruzáis los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el don, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padrón cruento
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,
La vil traición del déspota se lea,
Y altar eterno sea
Donde todo Español al monstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda,
Y á cien generaciones se difunda.

DON FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

EL NIDO

¿Dónde vas, zagal cruel,
Dónde vas con ese nido,
Riyendo tú mientras pían
Esos tristes pajarillos?
Su madre los dejó solos
En este momento mismo,
Para buscarles sustento
Y dárselo con su pico . . .
Mírala cuán azorada
Echa menos á sus hijos,
Salta de un árbol en otro,
Va, torna, vuela sin tino:
Al cielo favor demanda
Con acento dolorido;
Mientras ellos en tu mano
Baten el ala al oirlo . . .
¡Tú también tuviste madre,
Y la perdiste aun muy niño,
Y te encontraste en la tierra
Sin amparo y sin abrigo! —
Las lágrimas se le saltan
Al cuitado pastorcillo,
Y vergonzoso y confuso
Deja en el árbol el nido.

DON ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS

UN CASTELLANO LEAL

ROMANCE PRIMERO

«Holá, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blasón,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro.
«Esas puertas se defiendan;
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas, quien no estuviere
Más limpio que lo está el sol.
«No profane mi palacio
Un fementido traidor
Que contra su Rey combate
Y que á su patria vendió.
«Pues si él es de Reyes primo,
Primo de Reyes soy yo;
Y conde de Benavente
Si él es duque de Borbón.
«Llevándole de ventaja
Que nunca jamás manchó
La traición mi noble sangre,
Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,

Que de un palacio salía
Cuya puerta se cerró;
Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises
Más bien que timbre baldón,
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos
Cubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbón:
El que lidiando en Pavía,
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
Á su natural señor;
Y que á Toledo ha venido,
Ufano de su traición,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

ROMANCE SEGUNDO

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa,
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillón de respaldo

Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostentan
Y el águila del imperio,
De pie estaba Carlos Quinto,
Que en España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco,
De rubias martas orlado,
Y desabrochado y suelto,
Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos,
Y la excelsa y noble insignia
Del Toisón de oro, pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyada en la cadera

La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero,
Y con la siniestra halaga
De un mastín muy corpulento,
Blanco y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo;
Ó del trato que dispone
Con el Rey de Francia preso,
Ó de asuntos de Alemania
Agitada por Lutero;
Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo lejos
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
Rumor impensado luego,
Ábrese al fin la mampara
Y entra el de Borbón soberbio,
Con el semblante de azufre
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto;
Y con balbuciente lengua,

Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente,
Un desagravio pidiendo.

Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.
Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
Á su noble rostro asoman
La aprobación y el contento.
El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber qué responderle
Al francés, de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del conde de Benavente,
De altas esperanzas lleno
Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos,
Y con los que el ancho mundo
Será á sus glorias estrecho,
Mucho al de Borbón le debe
Y es fuerza satisfacerlo:
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo.
Y, llamando á un gentil-hombre,

Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

ROMANCE TERCERO

Sostenido por sus pajes
Desciende de su litera
El conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas,
Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria
Que veneración de lejos
Y miedo causa de cerca.
Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un coleto á la leonesa:
De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas:
Un birretón de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gabán de paño verde
Con alamares de seda.

Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva;
Que el Toisón ha despreciado
Por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
Y al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra;
Golpe de honor, y de aviso
De que en el alcázar entra
Un Grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el conde
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando
Hasta la cámara regia.

Pensativo está el Monarca,
Discurriendo como pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.
Mucho al de Borbón le debe,
Aun mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho

Considerar le interesa.
Dilación no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda
Y Villalar y Pavía
Á un tiempo se le recuerdan.
En el sillón asentado
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido se acerca.

Grave el conde le saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas como Grande del reino
Sin descubrir la cabeza.
El Emperador benigno
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.
Y entre severo y afable
Al cabo le manifiesta
Que es el que á Borbón aloje
Voluntad suya resuelta.
Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente,
Destocando la cabeza:
«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra,
Á vos ordenar os cumple

De mi vida y de mi hacienda.
«Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella,
Pero no toquéis mi honra
Y respetad mi conciencia.
«Mi casa Borbón ocupe
Puesto que es voluntad vuestra,
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;
«Que á mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores,
Cuyo solo aliento infesta.
Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»
Dijo el conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
Á do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
Mandó que le condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Carlos Quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

ROMANCE CUARTO

Muy pocos días el duque
Hizo mansión en Toledo,
Del noble conde ocupando
Los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo,
Con su séquito y sus pajes,
Orgulloso y satisfecho,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo:
Á poco rato tornóse
En humo confuso y denso
Que en nubarrones obscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Después en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba los valles
Dando en el Tajo reflejos,
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.
Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio

Presa de las llamas viendo.
El Emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo: tragóse
Tantas riquezas el fuego,
Á la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aun hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.

PADRE JUAN AROLAS

SÉ MÁS FELIZ QUE YO

Sobre pupila azul, con sueño leve,
Tu párpado cayendo amortecido,
Se parece á la pura y blanca nieve
Que sobre las violetas reposó:
Yo el sueño del placer nunca he dormido:
Sé más feliz que yo.
Se asemeja tu voz en la plegaria
Al canto del zorzal de indiano suelo
Que sobre la pagoda solitaria
Los himnos de la tarde suspiró:

Yo sólo esta oración dirijo al cielo:
Sé más feliz que yo.
Es tu aliento la esencia más fragante
De los lirios del Arno caudaloso
Que brotan sobre un junco vacilante
Cuando el céfiro blando los meció:
Yo no gozo su aroma delicioso:
Sé más feliz que yo.
El amor, que es espíritu de fuego,
Que de callada noche se aconseja
Y se nutre con lágrimas y ruego,
En tus purpúreos labios se escondió:
Él te guarde el placer y á mí la queja:
Sé más feliz que yo.
Bella es tu juventud en sus albores
Como un campo de rosas del Oriente;
Al ángel del recuerdo pedí flores
Para adornar tu sien, y me las dió;
Yo decía al ponerlas en tu frente:
Sé más feliz que yo.
Tu mirada vivaz es de paloma;
Como la adormidera del desierto
Causas dulce embriaguez, hurí de aroma
Que el cielo de topacio abandonó:
Mi suerte es dura, mi destino incierto:
Sé más feliz que yo.

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín:
Bajel pirata que llaman,
Por su bravura, el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.
La luna en el mar rïela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul,
«Navega, velero mío,
Sin temor;
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.
«Veinte presas
Hemos hecho

Á despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
Á mis pies.»
Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

«Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra:
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
Á quien nadie impuso leyes.
«Y no hay playa,
Sea cual quiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
Á mi valor.»
Que es mi barco mi tesoro . . .

«Á la voz de «¡barco viene!»
Es de ver

Cómo vira y se previene
Á todo trapo á escapar;
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.
«En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.»
Que es mi barco mi tesoro . . .

«¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me río:
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.
«Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la di,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.»
Que es mi barco mi tesoro . . .

«Son mi música mejor
Aquilones:
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.
«Y del trueno
Al son violento
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.»
Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

Á LA PATRIA

¡Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente!
¡La nación cuyo imperio se extendía
Del ocaso al oriente!

¡Lágrimas viertes, infeliz, ahora,
Soberana del mundo,
Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!

Obscuridad y luto tenebroso
En ti vertió la muerte,
Y en su furor el déspota sañoso
Se complació en tu suerte.

No perdonó lo hermoso, patria mía;
Cayó el joven guerrero,
Cayó el anciano, y la segur impía
Manejó placentero.

So la rabia cayó la virgen pura
Del déspota sombrío,
Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.

¡Oh vosotros, del mundo habitadores,
Contemplad mi tormento!
¿Igualarse podrán ¡ah! qué dolores
Al dolor que yo siento?

Yo, desterrado de la patria mía,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía
Y sus desgracias lloro . . . . .

Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron, mas traidora saña
Desbarató su bando.

¿Qué se hicieron tus muros torreados,
Oh mi patria querida?
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?

¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
Á sus ojos, caídos tristemente,
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué; cien héroes fueron
En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno á la virgen amedrenta,
Su voz las aterraba.

Mas hora, como piedra en el desierto,
Yaces desamparada,
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío
Pobre hierba y arena,
Y el enemigo que tembló á su brío
Burla y goza en su pena.

Vírgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento;
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares
Lloremos duelo tanto:
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

DON JOSÉ ZORRILLA

ORIENTAL

Corriendo van por la vega
Á las puertas de Granada
Hasta cuarenta gomeles
Y el capitán que los manda.
Al entrar en la ciudad,
Parando en su yegua blanca,
Le dijo éste á una mujer
Que entre sus brazos lloraba:
— Enjuga el llanto, cristiana,
No me atormentes así,
Que tengo yo, mi sultana,
Un nuevo Edén para ti.
Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con más de cien surtidores.

Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza,
Que será reina entre mil
Cuando encierre tu belleza.
Y sobre toda una orilla
Extiendo mi senorío;
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mío.
Allí la altiva palmera
Y el encendido granado,
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.
Allí el robusto nogal,
Allí el nópalo amarillo,
Allí el sombrío moral
Crecen al pie del castillo.
Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantàn,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.
Y tú mi sultana eres,
Que desiertos mis salones
Están, mi harén sin mujeres,
Mis oídos sin canciones.
Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales;
De Grecia te traeré velos
Y de Cachemira chales.
Y te daré blancas plumas

Para que adornes tu frente,
Más blancas que las espumas
De nuestros mares de oriente;
Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello;
Para los labios . . . ¡amor! —
— ¿Qué me valen tus riquezas,
Respondióle la cristiana,
Si me quitas á mi padre,
Mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme, moro,
Á mi padre y á mi patria,
Que mis torres de León
Valen más que tu Granada. —
Escuchóla en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quien medita,
En la mejilla una lágrima:
Si tus castillos mejores
Que nuestros jardines son,
Y son más bellas tus flores,
Por ser tuyas, en León,
Y tú diste tus amores
Á alguno de tus guerreros,
Hurí del Edén, no llores;
Vete con tus caballeros. —
Y dándola su caballo
Y la mitad de su guardia

El capitán de los moros
Volvió en silencio la espalda.

INDECISIÓN

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas:
Y en medio de la noche majestuosa
Esa luna de plata, esas estrellas,
Lámparas de la tierra perezosa,
Que se ha dormido en paz debajo de ellas.
¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte
En el aire flotando se deshace;
Y el inmenso tapiz del firmamento
Cambia su azul en franjas de colores;
Y susurran las hojas en el viento,
Y desatan su voz los ruiseñores.

. . . . . .

Si hay huracanes y aquilón que brama,
Si hay un invierno de humedad vestido,
Hay una hoguera á cuya roja llama
Se alza un festín con su discorde ruido.
Y una pintada y fresca primavera,
Con su manto de luz y orla de flores,

Que cubre de verdor la ancha pradera
Donde brotan arroyos saltadores.

. . . . . .

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas.

Arranca, arranca, Dios mío,
De la mente del poeta
Este pensamiento impío
Que en un delirio creó;
Sin un instante de calma,
En su olvido y amargura,
No puede soñar su alma
Placeres que no gozó.
¡Ay del poeta! su llanto
Fué la inspiración sublime
Con que arrebató su canto
Hasta los cielos tal vez;
Solitaria flor que el viento
Con impuro soplo azota,
Él arrastra su tormento
Escrito sobre la tez.
Porque tú, ¡oh Dios! le robaste
Cuanto los hombres adoran;
Tú en el mundo le arrojaste
Para que muriera en él;
Tú le dijiste que el hombre

Era en la tierra su *hermano;*
Mas él no encuentra ese nombre
En sus recuerdos de hiel.
Tú le has dicho que eligiera
Para el viaje de la vida
Una hermosa compañera
Con quien partir su dolor;
Mas ¡ay! que la busca en vano;
Porque es para el ser que ama
Como un inmundo gusano
Sobre el tallo de una flor.
Canta la luz y las flores,
Y el amor en las mujeres,
Y el placer en los amores,
Y la calma en el placer:
Y sin esperanza adora
Una belleza escondida,
Y hoy en sus cantares llora
Lo que alegre cantó ayer.
Él con los siglos rodando
Canta su afán á los siglos,
Y los siglos van pasando
Sin curarse de su afán.
¡Maldito el nombre de gloria
Que en tu cólera le diste!
Sentados en su memoria
Recuerdos de hierro están.
El día alumbra su pena,
La noche alarga su duelo,

La aurora escribe en el cielo
Su sentencia de vivir:
Fábulas son los placeres,
No hay placeres en su alma,
No hay amor en las mujeres,
Tarda la hora de morir.
Hay sol que alumbra, mas quema:
Hay flores que se marchitan,
Hay recuerdos que se agitan
Fantasmas de maldición.
Si tiene una voz que canta,
Al arrancarla del pecho
Deja fuego en la garganta,
Vacío en el corazón.

¡Bello es vivir! Sobre gigante roca
Se mira el mundo á nuestros pies tendido,
La frente altiva con las nubes toca . . .
Todo creado para el hombre ha sido.
¡Bello es vivir! Que el hombre descuidado
En los bordes se duerme de la vida,
Y de locura y sueños embriagado
En un festín el porvenir olvida.
¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos:
El tiempo entre sus pliegues roedores
Ha de llevar el bien que no gocemos,
Y ha de apagar placeres y dolores.
Cantemos de nosotros olvidados,
Hasta que el son de la fatal campana

Toque á morir . . . Cantemos descuidados,
Que el sol de ayer no alumbrará mañana.

LA FUENTE

Huye la fuente al manantial ingrata
El verde musgo en derredor lamiendo,
Y el agua limpia en su cristal retrata
Cuanto va viendo.
El césped mece y las arenas moja
Do mil caprichos al pasar dibuja,
Y ola tras ola murmurando arroja,
Riza y empuja.
Lecho mullido la presenta el valle,
Fresco abanico el abedul pomposo,
Cañas y juncos retirada calle,
Sombra y reposo.
Brota en la altura la fecunda fuente;
¿Y á qué su empeño, si al bajar la cuesta
Halla del río en el raudal rugiente
Tumba funesta?

Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO

Tradición de Toledo

I

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna,
Con resplandor fugitivo,

La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
Juguetona no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran,
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Rïela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura
De fantasmas apiñados
Medrosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia,
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre las sombras confusa,
Y el Tajo á sus pies pasando
Con pardas ondas la arrulla.

El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha,
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo lejos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.
Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda
La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela
Que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente á sus ojos
Un balcón á poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbra;
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela obscura
El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,

Que pudiera haberse duda
De si es hombre, ó solamente
Mentida ilusión nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle
Resuelto y audaz pregunta:
— ¿Quién va? — y á corta distancia
El igual compás se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
¿Quién va? repite, y cercana
Otra voz menos robusta
Responde: — Un hidalgo ¡calle!
Y el paso el bruto apresura.
— Téngase el hidalgo, — el hombre
Replica, y la espada empuña.
— Ved más bien si me haréis calle
(Repusieron con mesura)
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.
— Pase el Acuña y perdone: —
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
Y con precaución difusa
Salió una niña al balcón
Que llama interior alumbra.

—¡Mi padre! —clamó en voz baja,
Y el viejo en la cerradura
Metió la llave pidiendo
Á sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
Tomó la cabalgadura,
Cerróse detrás la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
Como quien tal acostumbra,
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Ibán de Acuña,
Y huyeron, en el embozo
Velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando su ocaso
Apaga su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates,
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame,
Dibujando en las arenas

Las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales,
Como en prendas de que el río
Tan afanoso la bañe.
Á lo lejos en la vega
Tiende galán por sus márgenes,
De sus álamos y huertos
El pintoresco ropaje,
Y porque su altiva gala
Más á los ojos halague,
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
Por quien dejó su rey culpable
Amor, fama, reino y vida
En manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
Á su receloso amante
En esa cuesta que entonces
Era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre,
Que hicieron puerta los árabes,
Subió el Cid sobre Babieca
Con su gente y su estandarte.

Más lejos se ve el castillo
De San Servando, ó Cervantes
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
Á este lado está la almena
Por do sacó vigilante
El conde Don Peranzules
Al rey, que supo una tarde
Fingir tan tenaz modorra,
Que, político y constante,
Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande,
Y aquí la antigua Basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los Padres
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambrón y Visagra
Los caminos desiguales,
Camino á los Toledanos
Hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan

Al fuego de sus hogares,
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave,
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;
Y los clérigos y monjes
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase sólo un mancebo
De impetuosos ademanes,
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
Con decisión de evitarle,
Y él contempla á los que pasan
Como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
Los pasos al divisarle,
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes le miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonora dancen.
Una mujer también sola
Se viene el llano adelante,

La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
Y en lo flexible del talle,
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo . . . cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella, galanterías
Dejando severa aparte,
Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave:

«Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
Que un hombre ha entrado en su ausencia
Dentro mi aposento sabe:
Y así quien mancha mi honra,
Con la suya me la lave;
Ó dadme mano de esposo,
Ó libre de vos dejadme.»
Miróla Diego Martínez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo,
Repuso palabras tales:
«Dentro de un mes, Inés mía,
Parto á la guerra de Flandes;

Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca,
Con honra mía se lave;
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen.
— Júralo, — exclamó la niña.
— Más que mi palabra vale
No te valdrá un juramento.
— Diego, la palabra es aire.
— ¡Vive Dios que estás tenaz!
Dalo por jurado y baste.
— No me basta; que olvidar
Puedes la palabra en Flandes.
— ¡Voto á Dios! ¿qué más pretendes?
— Que á los pies de aquella imagen
Lo jures como cristiano
Del santo Cristo delante.»
Vaciló un punto Martínez,
Mas porfiando que jurase,
Llevóle Inés hacia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Víase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre,
Á quien Toledo devota

Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,
Y haciendo Inés que Martínez
Los sagrados pies tocase,
Preguntóle:
— Diego, ¿juras
Á tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:
— ¡Sí juro!
Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado había,
Mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.
Lloraba la bella Inés
Su vuelta aguardando en vano,
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los pies
Do puso el galán su mano.
Todas las tardes venía
Después de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedía
La vuelta del español,
Y el español no volvía.
Y siempre al anochecer,

Sin dueña y sin escudero,
En un manto una mujer
El campo salía á ver
Al alto del *Miradero.*
¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abrume
Al ausente ha de pesar!
La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto don,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en celos,
Que abrasan el corazón.
Si es cierto lo que se espera,
Es un consuelo en verdad;
Pero siendo una quimera,
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.
Así Inés desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.
En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor:
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.

En vano á Ibán acudía,
Llorosa y desconsolada;
El padre no respondía;
Que la lengua le tenía
Su propia deshonra atada.
Y ambos maldicen su estrella,
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació mujer ella,
Y el viejo nació altanero.
Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,
Y los de Flandes tornaron
Á sus tierras á vivir.
Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corría;
Diego á Flandes se partió,
Mas de Flandes no volvía.
Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.
Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas

Ligeramente doblando.
  Algún olmo que escondido
Creció entre la hierba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.
  Y algún ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada obscura.
  Y algún pez con cien colores,
Tornasolada la escama,
Saltaba á besar las flores,
Que exhalan gratos olores,
Á las puntas de una rama.
  Y allá en el trémulo fondo
El torreón se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.
  Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.
  Á lo lejos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano

Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.
Bajó Inés del torreón,
Y llegando recelosa
Á las puertas del Cambrón,
Sintió latir zozobrosa
Más inquieto el corazón.
Tan galán como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz;
Jubón negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera;
Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido,
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.
Vienen tras este jinete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.
Asióse á su estribo Inés
Gritando: — ¡Diego, eres tú! —

Y él viéndola de través
Dijo — ¡Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quién es! —
Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y á poco perdió el sentido,
Sin que más voz ni gemido
Volviera en tierra á exhalar.
Frunciendo ambas á dos cejas
Encomendóla á su gente,
Diciendo: — ¡Malditas viejas
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas! —
Y aplicando el capitán
Á su potro las espuelas
El rostro á Toledo dan,
Y á trote cruzando van
Las obscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
Á Flandes partió Martínez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y hazañas
Allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores

Alzábase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos,
Que el mismo rey á su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
Quien ha poco entró en Toledo,
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
Cobrado el conocimiento,
La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
Olvidó su nombre mesmo,
Puesto que hoy Diego Martínez
Es el capitán Don Diego,
Ni se ablanda á sus caricias,
Ni cura de sus lamentos;
Diciendo que son locuras
De gentes de poco seso;
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
Con amenazas y ruegos;

Cuanto más ella importuna
Está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas
Enmarañado el cabello,
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitán Don Diego
No ha de ser Diego Martínez
Como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente,
De amor y piedad ajeno,
Mandóles que á Inés llevaran
De grado ó de valimiento.
Mas ella antes que la asieran,
Cesando un punto en su duelo,
Así habló, el rostro lloroso
Hacia Martínez volviendo:
«Contigo se fué mi honra,
Conmigo tu juramento;
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos.»
Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendo,
Á pasos desatentados
Salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
Del tribunal superior,
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón,
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropón,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes á una moza

Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde son
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.
Una mujer en tal punto,
En faz de grande aflicción,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón
Diciendo á gritos: «¡Justicia,
Jueces; justicia, señor!»
Y á los pies se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcón,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzóla cortés Don Pedro
Calmando la confusión
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo:
— Mujer, ¿qué quieres?
— Quiero justicia, señor.
— ¿De qué?
— De una prenda hurtada.
— ¿Qué prenda?
— Mi corazón.
— ¿Tú le diste?

— Le presté.
— ¿Y no te le han vuelto?
— No.
— ¿Tienes testigos?
— Ninguno.
— ¿Y promesa?
— ¡Sí, por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeñó.
— ¿Quién es él?
— Diego Martínez.
— ¿Noble?
— Y capitán, señor.
— Presentadme al capitán,
Que cumplirá si juró. —
Quedó en silencio la sala,
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado son.
Un portero, levantando
El tapiz, en alta voz
Dijo: — El capitán Don Diego. —
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
— ¿Sois el capitán Don Diego,
Díjole Don Pedro, vos? —
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:

— Yo soy.
— ¿Conocéis á esta muchacha?
— Ha tres años, salvo error.
— ¿Hicísteisla juramento
De ser su marido? —
— No.
— ¿Juráis no haberlo jurado?
— Sí juro. —
— Pues id con Dios.
— ¡Miente! — clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.
— Mujer, ¡piensa lo que dices! . . .
— Digo que miente, juró.
— ¿Tienes testigos?
— Ninguno.
— Capitán, idos con Dios,
Y dispensad que acusado
Dudara de vuestro honor. —
Tornó Martínez la espalda
Con brusca satisfacción,
É Inés, que le vió partirse,
Resuelta y firme gritó:
— Llamadle, tengo un testigo.
Llamadle otra vez, señor. —
Volvió el capitán Don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcón,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
— Tengo un testigo á quien nunca

Faltó verdad ni razón.
— ¿Quién?
— Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó,
Mirándonos desde arriba.
— ¿Estaba en algún balcón?
— No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que expiró.
— ¿Luego es muerto?
— No, que vive.
— Estáis loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?
— El Cristo de la Vega
Á cuya faz perjuró. —
Pusiéronse en pie los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:
«La ley es ley para todos,
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos

No hay más tribunal que Dios.
Haremos . . . lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al CRISTO que está en la vega
Tomaréis declaración.»

VI

Es una tarde serena,
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al día cantan.
Allá por el *Miradero*
Por el Cambrón y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcón, Ibán de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monjes, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.

Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñona,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pie delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña,
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Le rezaron en voz baja.
Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los pies alzados del suelo

Poco menos de una vara;
Hacia la severa imagen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
Á un lado tiene á Martínez,
Á otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusación entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta:
— «*Jesús, Hijo de María,*
«*Ante nos esta mañana*
«*Citado como testigo*
«*Por boca de Inés de Vargas,*
«*¿Juráis ser cierto que un día*
«*Á vuestras divinas plantas*
«*Juró á Inés Diego Martínez*
«*Por su mujer desposarla?*»
Asida á un *brazo* desnudo
Una *mano* atarazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires «¡Sí JURO!»
Clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen santa . . .

Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcón
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada un año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

DON ANTONIO DE TRUEBA

CANTOS DE PÁJARO

Tengo yo un pajarillo
Que el día pasa
Cantando entre las flores
De mi ventana;

Y un canto alegre
Á todo pasajero
Dedica siempre.
Tiene mi pajarillo
Siempre armonías
Para alegrar el alma
Del que camina . . .
¡Oh cielo santo,
Por qué no harán los hombres
Lo que los pájaros!
Cuando mi pajarillo
Cantos entona,
Pasajeros ingratos
Cantos le arrojan:
Mas no por eso
Niega sus armonías
Al pasajero.
Tiende las leves alas,
Cruza las nubes
Y canta junto al cielo
Con voz más dulce:
«Paz á los hombres
Y gloria al que en la altura
Rige los orbes!»
Y yo sigo el ejemplo
Del ave mansa
Que canta entre las flores
De mi ventana,
Porque es sabido

Que poetas y pájaros
Somos lo mismo.

LA PEREJILERA

Al salir el sol dorado
Esta mañana te vi
Cogiendo, niña, en tu huerto
Matitas de perejil.
Para verte más de cerca
En el huerto me metí,
Y sabrás que eché de menos
Mi corazón al salir.
Tú debiste de encontrarle,
Que en el huerto le perdí.
«Dámele, perejilera,
Que te le vengo á pedir.»

DON JOSÉ SELGAS Y CARRASCO

LA MODESTIA

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado
Al nacer la primavera.
Con majestad soberana
Llevaba y con noble brío
El regio manto de grana,

Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.
Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre,
El céfiro volador,
Y había en su servidumbre
Hierbas y malvas de olor.
Su voluntad poderosa,
Porque también era uso,
Quiso una flor para esposa,
Y regiamente dispuso
Elegir la más hermosa.
Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey.
Y en revuelta actividad
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.
Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se vían
Con harta envidia, dispuestas
Á ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debían.
Lujosa la Corte brilla:
El rey, admirado, duda,

Cuando ocultarse sencilla
Vió una tierna florecilla
Entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor
De su corona le inquieta,
Pregúntale con amor:
— «¿Cómo te llamas?» — «Violeta,»
Dijo temblando la flor.

— «¿Y te ocultas cuidadosa
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo: — «Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.»

El rey, suspenso, la mira
Y se inclina dulcemente;
Tanta modestia le admira;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente:

«Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta;

Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.»

Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es la esposa
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas,
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas,
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

DON PEDRO A. DE ALARCÓN

EL MONT-BLANC

¡Heme al fin en la cumbre soberana! . . .
¡Nieve perpetua . . ., soledad doquiera! . . .
¿Quién sino el hombre, en su soberbia insana,
Á hollar estos desiertos se atreviera?
Aquí enmudece hasta la voz del viento . . .;
Profundo mar parece el horizonte . . .,
Única playa el alto firmamento . . .,
Anclada nave el solitario monte.
¡Nada en torno de mí! . . . ¡Todo á mis plantas!

Obscuros bosques, relucientes ríos,
Lagos, campiñas, páramos, gargantas . . .
¡Europa entera yace á los pies míos!
¡Y cuán pequeña la terrestre vida,
Cuán relegado el humanal imperio
Se ve desde estos hielos donde anida
El *Monte Blanco*, el rey del hemisferio!
¡De aquí tiende su cetro sobre el mundo!
El Danubio opulento, el Po anchuroso,
El luengo Rhin y el Ródano profundo,
Hijos son de los hijos del Coloso.
Debajo de él . . . los Alpes se eslabonan
Como escabeles de su trono inmenso:
Debajo de él . . . las nubes se amontonan
Cual humo leve de quemado incienso.
¡Sobre él . . . los cielos nada más! La tarde
Le invidia al verlo de fulgor ceñido . . .
Llega la noche, y aún su frente arde
Con reflejos de un sol por siempre hundido.
Allá turnan con raudo movimiento
Una y otra estación . . . Él permanece
Mudo, inmóvil, estéril. ¡Monumento
De la implacable eternidad parece!
Ni el oso atroz ni el traicionero lobo
Huellan jamás su excelsitud nevada . .
Húerfano vive del calor del globo . . .
¡En él principia el reino de la nada!
Por eso, ufano de su horror profundo,
Dichoso aquí mi corazón palpita . . .

¡Aquí solo con Dios . . ., fuera del mundo!
¡Solo, bajo la bóveda infinita!
¡Y qué süave, deleitosa calma
Brinda á mi pecho esta región inerte! . . .
Así concibe fatigada el alma
El tardo bien de la benigna muerte.
¡Morir aquí! De los poblados valles
No retornar á la angustiosa vida:
No escuchar más los lastimosos ayes
De la cuitada humanidad caída:
Desparecer, huyendo de la tierra,
Desde esta cima que se acerca al cielo:
Por siempre desertar de aquella guerra,
De eterna libertad tendiendo el vuelo . . .
Tal ansia acude al corazón llagado,
Al mirarte, ¡oh *Mont-Blanc!*, erguir la frente
Sobre un mísero mundo atribulado
Por el cierzo y el rayo y el torrente.
¡Tú nada temes! De tu imperio yerto
Sólo Dios es señor, fuerza y medida:
¡Cómo el ancho Océano y el Desierto,
Tú vives sólo de tu propia vida!
La tierra acaba en tu glacial palacio;
Tuya es la azul inmensidad aérea:
Tú ves más luz, más astros, más espacio . . .;
¡Parte eres ya de la mansión etérea!
¡Adiós! Retorno al mundo . . . Acaso un día
Ya de la tierra el corazón no lata,
Y sobre su haz inanimada y fría

Tiendas tu manto de luciente plata . . .
Será entonces tu reino silencioso
Cuanto hoy circunda y cubre el Oceano . . .
¡Adiós! . . . Impera en tanto desdeñoso
Sobre la insania del orgullo humano.

EL SECRETO

«*¡Yo no quiero morirme!*»
— Dice la niña,
Tendiendo hacia su madre
Dos manecitas
Calenturientas,
Cual dos blancos jazmines
Que el viento seca . . .
Un silencio de muerte
La madre guarda . . .
¡Ay! ¡si hablara, vertiera
Mares de lágrimas!
Besa á la niña,
¡Y aun le fingen sus labios
Una sonrisa!
Del cuello de la madre
La hija se cuelga
Y, pegada á su oído,
Pálida y trémula,
Con sordo acento,
Dícele horrorizada:
— «*Oye un secreto:*

¿Sabes por qué á morirme
Le temo tanto?
Porque luego me llevan,
Toda de blanco,
Al cementerio . . .,
¡Y de verme allí sola
Va á darme miedo!»
—«Hija de mis entrañas!
(Grita la madre)
Dios querrá que me vivas . . .;
Y, aunque te mate,
Descuida, hermosa;
Que tú en el cementerio
No estarás sola.»

DON GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

RIMAS

II

Saeta que voladora
Cruza, arrojada al azar,
Sin adivinarse dónde
Temblando se clavará;
Hoja que del árbol seca
Arrebata el vendaval,
Sin que nadie acierte el surco
Donde á caer volverá;
Gigante ola que el viento

Riza y empuja en el mar,
Y rueda y pasa, y no sabe
Qué playa buscando va;
Luz que en cercos temblorosos
Brilla, próxima á expirar,
Ignorándose cuál de ellos
El último brillará;
Eso soy yo, que al acaso
Cruzo el mundo, sin pensar
De dónde vengo, ni adónde
Mis pasos me llevarán.

VII

Del salón en el ángulo obscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.
¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarlas!
¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «Levántate y anda!»

LIII

Volverán las obscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos á colgar,

Y, otra vez, con el ala á sus cristales
Jugando llamarán;

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha á contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres . . .
Ésas . . . ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
De tu jardín las tapias á escalar,
Y otra vez á la tarde, aun más hermosas,
Sus flores se abrirán;

Pero aquellas, cuajadas de rocío,
Cuyas gotas mirábamos temblar
Y caer, como lágrimas del día . . .
Ésas . . . ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes á sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará;

Pero mudo y absorto y de rodillas,
Como se adora á Dios ante su altar,
Como yo te he querido . . . desengáñate,
¡Así no te querrán!

LXXIII

Cerraron sus ojos
Que aun tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intervalos
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día
Y á su albor primero
Con sus mil rüidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
«*¡Dios mío, qué solos*
Se quedan los muertos!»

De la casa en hombros
Leváronla al templo,
Y en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,
Tan obscuro y yerto
Todo se encontraba . . .
Que pensé un momento:
«*¡Dios mío, qué solos*
Se quedan los muertos!»

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando,
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.

Del último asilo,
Obscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho á un extremo.
Allí la acostaron,
Tapiáronle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras,
Medité un momento:
«*¡Dios mío, qué solos*
Se quedan los muertos!»

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
Á solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un son eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
¡Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
Se hielan sus huesos! . . .

. . . . . .

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
¡No sé: pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

DON VICENTE W. QUEROL

EN NOCHE-BUENA

Á mis ancianos padres

I

Un año más en el hogar paterno
Celebramos la fiesta del Dios-Niño,
Símbolo augusto del amor eterno,
Cuando cubre los montes el invierno
Con su manto de armiño.

II

Como en el día de la fausta boda
Ó en el que el santo de los padres llega,
La turba alegre de los niños juega,
Y en la ancha sala la familia toda
De noche se congrega.

III

La roja lumbre de los troncos brilla
Del pequeño dormido en la mejilla,
Que con tímido afán su madre besa;
Y se refleja alegre en la vajilla
De la dispuesta mesa.

IV

Á su sobrino, que lo escucha atento,
Mi hermana dice el pavoroso cuento,

Y mi otra hermana la canción modula
Que, ó bien surge vibrante, ó bien ondula
Prolongada en el viento.

V

Mi madre tiende las rugosas manos
Al nieto que huye por la blanda alfombra;
Hablan de pie mi padre y mis hermanos,
Mientras yo, recatándome en la sombra,
Pienso en hondos arcanos.

VI

Pienso que de los días de ventura
Las horas van apresurando el paso,
Y que empaña el oriente niebla obscura,
Cuando aun el rayo trémulo fulgura
Último del ocaso.

VII

¡Padres míos, mi amor! ¡Cómo envenena
Las breves dichas el temor del daño!
Hoy presidís nuestra modesta cena,
Pero en el porvenir . . . yo sé que un año
Vendrá sin Noche-Buena.

VIII

Vendrá, y las que hoy son risas y alborozo
Serán muda aflicción y hondo sollozo.
No cantará mi hermana, y mi sobrina
No escuchará la historia peregrina
Que le da miedo y gozo.

IX

No dará nuestro hogar rojos destellos
Sobre el limpio cristal de la vajilla,
Y, si alguien osa hablar, será de aquellos
Que hoy honran nuestra fiesta tan sencilla
Con sus blancos cabellos.

X

Blancos cabellos cuya amada hebra
Es cual corona de laurel de plata,
Mejor que esas coronas que celebra
La vil lisonja, la ignorancia acata,
Y el infortunio quiebra.

XI

¡Padres míos, mi amor! Cuando contemplo
La sublime bondad de vuestro rostro,
Mi alma á los trances de la vida templo,
Y ante esa imagen para orar me postro,
Cual me postro en el templo.

XII

Cada arruga que surca ese semblante
Es del trabajo la profunda huella,
Ó fué un dolor de vuestro pecho amante.
La historia fiel de una época distante
Puedo leer yo en ella.

XIII

La historia de los tiempos sin ventura
En que luchasteis con la adversa suerte,

Y en que, tras negras horas de amargura,
Mi madre se sintió más noble y pura
Y mi padre más fuerte.

XIV

Cuando la noche toda en la cansada
Labor tuvisteis vuestros ojos fijos,
Y, al venceros el sueño á la alborada,
Fuerzas os dió posar vuestra mirada
En los dormidos hijos.

XV

Las lágrimas correr una tras una
Con noble orgullo por mi faz yo siento,
Pensando que hayan sido por fortuna,
Esas honradas manos mi sustento
Y esos brazos mi cuna.

XVI

¡Padres míos, mi amor! Mi alma quisiera
Pagaros hoy la que en mi edad primera
Sufristeis sin gemir lenta agonía,
Y que cada dolor de entonces fuera
Germen de una alegría.

XVII

Entonces vuestro mal curaba el gozo
De ver al hijo convertirse en mozo,
Mientras que al verme yo en vuestra presencia
Siento mi dicha ahogada en el sollozo
De una temida ausencia.

XVIII

Si el vigor juvenil volver de nuevo
Pudiese á vuestra edad, ¿por qué estas penas?
Yo os daría mi sangre de mancebo,
Tornando así con ella á vuestras venas
Esta vida que os debo.

XIX

Que de tal modo la aflicción me embarga
Pensando en la posible despedida,
Que imagino ha de ser tarea amarga
Llevar la vida, como inútil carga,
Después de vuestra vida.

XX

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,
Miro acercarse con profundo espanto,
Y en dudas grita el corazón sensible:
— «Si aplacar al destino es imposible,
¿Para qué amarnos tanto?»

XXI

Para estar juntos en la vida eterna
Cuando acabe esta vida transitoria:
Si Dios, que el curso universal gobierna,
Nos devuelve en el cielo esta unión tierna,
Yo no aspiro á más gloria.

XXII

Pero en tanto, buen Dios, mi mejor palma
Será que prolonguéis la dulce calma

Que hoy nuestro hogar en su recinto encierra:
Para marchar yo solo por la tierra
No hay fuerzas en mi alma.

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

PROXIMIDAD DEL BIEN

En el tiempo en que el mundo informe estaba,
Creó el Señor, cuando por dicha extrema
El paraíso terrenal formaba,
Un fruto que del mal era el emblema
Y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adán al mismo lado
El Señor colocó del bien el fruto;
Pero Adán nunca el bien halló, ofuscado,
Porque es del hombre mísero atributo
Huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era
Puso Dios escondido y muy lejano;
Pero Adán lo encontraba donde quiera,
Abandonando en su falaz quimera,
Por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ah! siempre el hombre en su ilusión maldita
Su misma dicha en despreciar se empeña,

Y al seguirla tenaz, tenaz la evita,
Y aunque en su mismo corazón palpita,
¡Lejos, muy lejos, con afán la sueña!

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

I

— Escribidme una carta, señor Cura.
— Ya sé para quién es.
— ¿Sabéis quién es, porque una noche obscura
Nos visteis juntos? — Pues.

— Perdonad; mas . . . — No extraño ese tropiezo.
La noche . . . la ocasión . . .
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramón:

— ¿Querido? . . . Pero, en fin, ya lo habéis puesto . . .
— Si no queréis . . . — ¡Sí, sí!
— *¡Qué triste estoy!* ¿No es eso? — Por supuesto.
— *¡Qué triste estoy sin ti!*

Una congoja, al empezar, me viene . . .
— ¿Cómo sabéis mi mal?
— Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.

¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un edén.
— Haced la letra clara, señor Cura;
Que lo entienda eso bien.

—*El beso aquel que de marchar á punto*
Te di . . . —¿Cómo sabéis? . . .
—Cuando se va y se viene y se está junto
Siempre . . . no os afrentéis.

Y si volver tu afecto no procura,
Tanto me harás sufrir . .
—¿Sufrir y nada más? No, señor Cura,
¡Que me voy á morir!

—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo? . . .
—Pues, sí, señor, ¡morir!
—Yo no pongo *morir*. —¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

II

¡Señor Rector, señor Rector! en vano
Me queréis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el ser de mi ser.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada día . . .
Porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir;
Que olvidan de la risa el movimiento
Á fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz;
Que es un perpetuo sueño de mi oído
El eco de su voz . . .

Que siendo por su causa, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir! . . .
Dios mío ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir! . . .

III

EPÍLOGO

— Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:
Á don Ramón . . . En fin,
Que es inútil saber para esto, arguyo,
Ni el griego ni el latín.

EL MAYOR CASTIGO

Cuando de Virgilio en pos
Fué el Dante al infierno á dar,
Su conciencia, hija de Dios,
Dejó á la puerta al entrar.
Después que á salir volvió,
Su conciencia el Dante hallando,

Con ella otra vez cargó,
Mas dijo así suspirando:
Del infierno en lo profundo,
No vi tan atroz sentencia
Como es la de ir por el mundo
Cargado con la conciencia.

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

¡EXCELSIOR!

¿Por qué los corazones miserables,
Por qué las almas viles,
En los fieros combates de la vida
Ni luchan ni resisten?

El espíritu humano es más constante
Cuanto más se levanta:
Dios puso el fango en la llanura, y puso
La roca en la montaña.

La blanca nieve que en los hondos valles
Derrítese ligera,
En las altivas cumbres permanece
Inmutable y eterna.

TRISTEZAS

Cuando recuerdo la piedad sincera
Con que en mi edad primera
Entraba en nuestras viejas catedrales,

Donde postrado ante la cruz de hinojos
Alzaba á Dios mis ojos,
Soñando en las venturas celestiales;

Hoy que mi frente atónito golpeo,
Y con febril deseo
Busco los restos de mi fe perdida,
Por hallarla otra vez, radiante y bella
Como en la edad aquella,
¡Desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
Prosternaba mi frente
En las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
De luz, de poesía,
De mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
Levantaban mi anhelo;
Aquella majestad solemne y grave;
Aquel pausado canto, parecido
Á un doliente gemido,
Que retumbaba en la espaciosa nave;

Las marmóreas y austeras esculturas
De antiguas sepulturas,
Aspiración del arte á lo infinito;

La luz que por los vidrios de colores
Sus tibios resplandores
Quebraba en los pilares de granito;

Haces de donde en curva fugitiva,
Para formar la ojiva,
Cada ramal subiendo se separa,
Cual del rumor de multitud que ruega,
Cuando á los cielos llega,
Surge cada oración distinta y clara;

En el gótico altar inmoble y fijo
El santo crucifijo,
Que extiende sin vigor sus brazos yertos,
Siempre en la sorda lucha de la vida,
Tan áspera y reñida,
Para el dolor y la humildad abiertos;

El místico clamor de la campana
Que sobre el alma humana
De las caladas torres se despeña,
Y anuncia y lleva en sus aladas notas
Mil promesas ignotas
Al triste corazón que sufre ó sueña;

Todo elevaba mi ánimo intranquilo
Á más sereno asilo:
Religión, arte, soledad, misterio . . .

Todo en el templo secular hacía
Vibrar el alma mía,
Como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que sólo entiende
Quien crédulo se enciende
En fervoroso y celestial cariño,
Envuelta en sus flotantes vestiduras
Volaba á las alturas,
Virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su rauda, viva y luminosa huella
Como fugaz centella
Traspasaba el espacio, y ante el puro
Resplandor de sus alas de querube,
Rasgábase la nube
Que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo, que antes para mí tenías
Fulgores y armonías,
Y hoy tan obscuro y desolado veo!

Ya no templas mis íntimos pesares,
Ya al pie de tus altares
Como en mis años de candor no acudo.

Para llegar á ti perdí el camino,
Y errante peregrino
Entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;
Grito, y nadie responde
Á mi angustiada voz; alzo los ojos
Y á penetrar la lobreguez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
Y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
Á su impiedad, ¡oh Cristo!
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
Levanta sobre escombros
Un Dios sin esperanza, un Dios que gime.

¡Y ese Dios no eres tú! No tu serena
Faz, de consuelos llena,
Alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
Su cielo es el vacío,
Sacerdote el error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
Un siglo más inmenso,
Más rebelde á tu voz, más atrevido;

Entre nubes de fuego alza su frente,
Como Luzbel, potente;
Pero también, como Luzbel, caído.

Á medida que marcha y que investiga
Es mayor su fatiga,
Es su noche más honda y más obscura,
Y pasma, al ver lo que padece y sabe,
Cómo en su seno cabe
Tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota
Que el ronco mar azota,
Incendia el rayo y la borrasca mece
En piélago ignorado y proceloso,
Nuestro siglo — coloso,
Con la luz que le abrasa, resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos! . . .
Á los tristes reflejos
Del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
Y es tarde, es ¡ay! muy tarde
Para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
Á todo yugo ajeno,
Que al impulso del vértigo se entrega,

Y á través de intrincadas espesuras,
Desbocado y á obscuras,
Avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adónde? . . . El pensamiento humano
En vano lucha, en vano
Su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
Y no aclara el problema,
No penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
Que tu poder no ha muerto!
Salva á esta sociedad desventurada,
Que bajo el peso de su orgullo mismo
Rueda al profundo abismo
Acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de ti se aleja,
En nuestras almas deja
El germen de recónditos dolores.
Como al tender el vuelo hacia la altura,
Deja su larva impura
El insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
Es, Señor, todavía
Raudal de vida tu palabra santa,

Di á nuestra fe desalentada y yerta:
— ¡Anímate y despierta!
Como dijiste á Lázaro: — ¡Levanta! —

¡SURSUM CORDA!

INTRODUCCIÓN

Á mi buen amigo el ilustre poeta Manuel Reina

I. Á ESPAÑA

Nunca mi labio á la servil lisonja
Parias rindió. Ni el éxito ruidoso,
Ni la soberbia afortunada, oyeron
Falaz encomio de mi humilde Musa.
Dióme su austeridad la honrada tierra
Donde nací, y el presuroso tiempo
Que arrastra y lleva en sus revueltas olas
Las grandezas humanas al olvido,
Á mi pesar me enseña que en el mundo
Tan sólo á dos excelsas majestades
Puedo, sin mengua, levantar mi canto:
La Verdad y el Dolor.
En estas horas
De febril inquietud, ¿quién, Patria mía,
Merece como tú la pobre ofrenda
De mi respeto y de mi amor? Postrada
En los escombros de tu antigua gloria,
La negra adversidad, con férrea mano,
Comprime los latidos de tu pecho

Y el aire que respiras envenena.
Como tigre feroz clavó sus garras
La catástrofe en ti, y en tus heridas
Entrañas sacia su voraz instinto.
¿Quién, al mirar tus lástimas, no llora?
¿Puede haber hombre tan perverso y duro,
Ni aun concebido en crapulosa orgía
Por hembra impura, que impasible vea
Morir sin fe, desesperado y solo,
Al dulce bien que le llevó en su seno?
¡No existe, no!
Perdona si movido
Por la ciega pasión, allá en lejanos
Y borrascosos días, cuando airada
Mi voz como fatídico anatema
Tronó en la tempestad, quizás injusto
Contigo pude ser. Pero hoy, que sufres,
Hoy que, Job de la Historia, te retuerces
En tu lecho de angustia, arrepentido
Y llena el alma de mortal congoja,
Acudo ansioso á consolar tus penas,
Á combatir con los inmundos buitres,
Ávidos del festín, que en torno giran
De tu ulcerado cuerpo, y si lo mandas,
¡Oh, noble mártir! á morir contigo.
Pero ¿quién habla de morir? ¿Acaso
No eres, Patria, inmortal? Tendrás eclipses
Como los tiene el sol. Sombras tenaces,
Cual hiperbórea noche larga y fría,

Sobre ti pesarán, mientras no llegue
Tu santa redención. ¡Hora dichosa
En que verás con júbilo y ternura
Nacer el alba, el tenebroso espacio
Inundarse de luz, la tierra encinta
Estremecerse en éxtasis materno,
De armonías, aromas y colores
Poblarse el aire, y palpitar en todo
La plenitud eterna de la vida!
¡Ten esperanza y fe! Descubridora
De mundos, madre de indomada prole,
Tú no puedes morir, ¡Dios no lo quiere!
Aun tienes que cumplir altos destinos.
Busca en el seno de la paz bendita
Reparador descanso, hasta que cobren
Tus músculos salud, y en cuanto sientas
El hervor de tu sangre renovada,
Ponte en pie, sacudiendo tu marasmo,
Que como losa del sepulcro, oprime
Tu enferma voluntad. Surge del fondo
De tu aislamiento secular, y marcha
Con paso firme y corazón resuelto
Sin mirar hacia atrás, siempre adelante.
Sean la escuela y el taller y el surco
Los solos campos de batalla en donde
Tu razón y tus fuerzas ejercites.
Entra en las lides del trabajo y vence,
Que entonces de laureles coronada,
Más fecunda, más próspera y más grande,

Seguirás, fulgurando, tu camino
Por los arcos triunfales de la Historia.

II. Á AMÉRICA

¡Ésta es España! Atónita y maltrecha
Bajo el peso brutal de su infortunio,
Inerte yace la matrona augusta
Que en otros siglos fatigó á la fama.
La que surcó los mares procelosos
Buscándote atrevida en el misterio,
Hasta que un día, deslumbrando al mundo,
Surgiste, como Venus, de las ondas.
Cegada por tu espléndida hermosura,
Al engarzarte en su imperial diadema
España te oprimió; mas no la culpes,
Porque ¿cuándo la bárbara conquista
Justa y humana fué? También clemente
Te dió su sangre, su robusto idioma,
Sus leyes y su Dios. ¡Te lo dió todo,
Menos la libertad! Pues mal pudiera
Darte el único bien que no tenía.
Contémplala vencida y humillada
Por la doblez y el oro, y si te mueven
Á generosa lástima sus males,
El trágico desplome de una gloria
Que es también tuya, acórrela en su duelo.
¡Es tu madre infeliz! No la abandone
Tu amor, en tan inmensa desventura.

DON MANUEL DEL PALACIO

AMOR OCULTO

Ya de mi amor la confesión sincera
Oyeron tus calladas celosías,
Y fué testigo de las ansias mías
La luna, de los tristes compañera.
Tu nombre dice el ave placentera
Á quien visito yo todos los días,
Y alegran mis soñadas alegrías
El valle, el monte, la comarca entera.
Sólo tú mi secreto no conoces,
Por más que el alma con latido ardiente,
Sin yo quererlo, te lo diga á voces;
Y acaso has de ignorarlo eternamente,
Como las ondas de la mar veloces
La ofrenda ignoran que les da la fuente.

DON JOAQUÍN MARÍA BARTRINA

ARABESCOS Y COMPOSICIONES ÍNTIMAS

Oyendo hablar á un hombre, fácil es
Acertar dónde vió la luz del sol:
Si os alaba á Inglaterra, será inglés,
Si os habla mal de Prusia, es un francés,
Y si habla mal de España, es español.

Si cumplir con lealtad
Nuestra última voluntad
Es sagrada obligación,
Cuando mis ojos se cierren,
He de mandar que me entierren
Dentro de tu corazón.

Para matar la inocencia,
Para envenenar la dicha,
Es un gran puñal la pluma
Y un gran veneno la tinta.

Quien vive siempre entre pena
Y remordimiento y dudas,
No sabe ver más que á Judas
En el cuadro de la cena.

DON MANUEL REINA

LA POESÍA

Á Teodoro Llorente

Como el raudal que corre en la pradera
Copia en su espejo pájaros y flores,
La alada mariposa de colores,
El verde arbusto y la radiante esfera,
La sublime poesía reverbera
Combates, glorias, risas y dolores,
Odio y amor, tinieblas y esplendores,

El cielo, el campo, el mar . . . ¡la vida entera!
¡Así Homero es la lid; Virgilio, el día;
Esquilo, la tormenta bramadora;
Anacreonte, el vino y la alegría;
Dante, la noche con su negro arcano;
Calderón, el honor; Milton, la aurora;
Shakespeare, el triste corazón humano!

ARGENTINA

DON ESTEBAN ECHEVERRÍA

CANCIÓN DE ELVIRA

Creció acaso arbusto tierno
Á orillas de un manso río,
Y su ramaje sombrío
Muy ufano se extendió;
Mas en el sañudo invierno
Subió el río cual torrente,
Y en su túmida corriente
El tierno arbusto llevó.

Reflejando nieve y grana,
Nació garrida y pomposa
En el desierto una rosa,
Gala del prado y amor;
Mas lanzó con furia insana
Su soplo inflamado el viento,
Y se llevó en un momento
Su vana pompa y frescor.
Así dura todo bien . . .
Así los dulces amores,

Como las lozanas flores,
Se marchitan en su albor;
Y en el incierto vaivén
De la fortuna inconstante,
Nace y muere en un instante
La esperanza del amor.

DON OLEGARIO V. ANDRADE

ATLÁNTIDA

Canto al porvenir de la raza latina en América

. . . . . .

VII

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
Guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando sentado
En las rocas de Engina contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
Á posarse en las cumbres del Himeto;
Y el misterioso diálogo entablaba
Con las olas inquietas
¡Que á sus pies se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
Del tiempo, destinada
Á celebrar las bodas del futuro
En sus campos de eterna primavera,
¡Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, ¡domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora,
Colón apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora —
Y la nave avanzó. Y el Océano,
Huraño y turbulento,
Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aquilones,
¡Y á su frente rugiendo el torbellino,
Jinete en el relámpago sangriento!
Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos;
¡Y despertó la Atlántida soñada
De un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas,
¡Era lo que soñaba!
¡Ámbito y luz en apartadas zonas!
Helo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sino en pos de grandiosas ilusiones,
¡La libertad, la gloria y el progreso!

¡Nada le falta ya! lleva en el seno
El insondable afán del infinito,
¡Y el infinito por doquier lo llama
De las montañas con el hondo grito
Y de los mares con la voz de trueno!
Tiene el altar que Roma
Quiso en vano construir con los escombros
Del templo egipcio y la pagoda indiana,
¡Altar en que profese eternamente
Un culto solo la conciencia humana!
¡Y el Andes, con sus gradas ciclopeas,
Con sus rojas antorchas de volcanes,
Será el altar de fulgurantes velos
En que el himno inmortal de las ideas
La tierra entera elevará á los cielos!

VIII

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas
Bajo el arco triunfal de mil colores
Del trópico esplendente,
Las Antillas levantan la cabeza
De la nacien e luz á los albores,
Como bandadas de aves fugitivas
Que arrullaron al mar con sus extrañas
Canciones plañideras,
Y que secan al sol las blancas alas
¡Para emprender el vuelo á otras riberas!

¡Allá Méjico está! sobre dos mares
Alzada cual granítica atalaya,

¡Parece que aun espía
La castellana flota que se acerca
Del golfo azteca á la arenosa playa!
Y más allá Colombia adormecida
Del Tequendama al retemblar profundo,
¡Colombia la opulenta
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zona feliz! región querida
Del almo sol que tus encantos cela,
Inmenso hogar de animación y vida,
¡Cuna del gran Bolívar! ¡Venezuela!
Todo en tu suelo es grande,
Los astros que te alumbran desde arriba
Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroísmo,
¡Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,
Yace la Roma de los Incas, rota
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla obscura,
¡Mas no ha muerto el Perú! que la derrota
Germen es en los pueblos varoniles
De redención futura —
Y entonces cuando llegue,

Para su suelo, la estación propicia
Del trabajo que cura y regenera,
Y brille al fin el sol de la justicia
Tras largos días de vergüenza y lloro,
¡El rojo manto que á su espalda flota
Las mieses bordarán con flores de oro!

¡Bolivia! la heredera del gigante
Nacido al pie del Ávila, su genio
Inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida;
Sueña en batallas hoy, pero no importa,
Sueña también en anchos horizontes
En que en vez de cureñas y cañones
¡Sienta rodar la audaz locomotora
Cortando valles y escalando montes!
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve
Á colgar en el techo
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho.
El Uruguay que combatiendo entrega
Su seno á las caricias del progreso,
El Brasil que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso
Y á quien sólo le falta
El ser más libre, para ser más grande,
¡Y la región bendita,

Sublime desposada de la gloria,
Que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla! que es la patria,
La patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales,
¡El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales!
Y que hoy llama al festín de su opulencia
Á cuantos rinden culto
Á la sagrada libertad, hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia —
¡La patria! que ensanchó sus horizontes
Rompiendo las barreras
Que en otrora su espíritu aterraron,
¡Y á cuyo paso en los nevados montes
Del Génesis los ecos despertaron!
¡La patria! que, olvidada
De la civil querella, arrojó lejos
El fratricida acero
Y que lleva orgullosa
La corona de espigas en la frente,
¡Menos pesada que el laurel guerrero!
¡La patria! en ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza,
En ella el sol de redención se enciende,
Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano, del Plata desbordante
¡La inmensa copa á las naciones tiende!

IX

¡Ámbito inmenso, abierto
De la latina raza al hondo anhelo!
¡El mar, el mar gigante, la montaña
En eterno coloquio con el cielo . . .
Y más allá desierto!
Acá ríos que corren desbordados,
Allí valles que ondean
Como ríos eternos de verdura,
Los bosques á los bosques enlazados,
¡Doquier la libertad, doquier la vida
Palpitando en el aire, en la pradera
Y en explosión magnífica encendida!

¡Atlántida encantada
Que Platón presintió! promesa de oro
Del porvenir humano — Reservado
Á la raza fecunda,
Cuyo seno engendró para la historia
Los Césares del genio y de la espada —
Aquí va á realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos —
¡La más bella visión de sus visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones!

PROMETEO

. . . . . .

VII

¡Arriba, pensadores! que en la lucha
Se templa y fortalece
Vuestra raza inmortal, nunca domada,
Que lleva por celeste distintivo
La chispa de la audacia en la mirada
Y anhelos infinitos en el alma;
¡En cuya frente altiva
Se confunden y enlazan
El laurel rumoroso de la gloria
Y del dolor la mustia siempre-viva!

¡Arriba, pensadores!
¡Que el espíritu humano sale ileso
Del cadalso y la hoguera!
Vuestro heraldo triunfal es el progreso
Y la verdad la suspirada meta
De vuestro afán gigante.
¡Arriba! ¡que ya asoma el claro día
En que el error y el fanatismo expiren
Con doliente y confuso clamoreo!
¡Ave de esa alborada es el poeta,
Hermano de las águilas del Cáucaso,
Que secaron piadosas con sus alas
La ensangrentada faz de Prometeo!

DON RAFAEL OBLIGADO

EN LA RIBERA

Ven, sigue de la mano
Al que te amó de niño;
Ven, y juntos lleguemos hasta el bosque
Que está en la margen del paterno río.

¡Oh, cuánto eres hermosa,
Mi amada, en este sitio!
Sólo por ti, y á reflejar tu frente,
Corriendo baja el Paraná tranquilo.

Para besar tu huella
Fué siempre tan sumiso,
Que, en viéndote llegar, hasta la playa
Manda sus olas sin hacer rüido.

Por eso, porque te ama,
Somos grandes amigos;
Luego, sabe decirte aquellas cosas
Que nunca brotan de los labios míos.

El año que tú faltas,
La flor de sus seíbos,
Como cansada de esperar tus sienes,
Cuelga sus ramos de carmín marchitos.

Por la tersa corriente,
Risueños y furtivos,
Como sueltas guirnaldas, no navegan
Los verdes camalotes florecidos.

Sólo inclinan los sauces
Su ramaje sombrío,
Y las aves más tristes, en sus copas
Gimiendo tejen sus ocultos nidos.

Pero llegas . . ., y el agua,
El bosque, el cielo mismo,
Es como una explosión de mil colores,
Y el aire rompe en sonorosos himnos.

Así la primavera,
Del trópico vecino
Desciende, y canta, repartiendo flores,
Y colgando en las vides los racimos.

¡Cuál suenan gratamente,
Acordes, en un ritmo,
Del agua el melancólico murmullo
Y el leve susurrar de tu vestido!

¡Oh, si me fuera dado
Guardar en mis oídos,
Para siempre, esta música del alma,
Esta unión de tu ser y de mis ríos!

. . . . . .

COLOMBIA

DON JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

COLOMBIA Y ESPAÑA

. . . . . .

¡Oh! ¡reposad en vuestras quietas tumbas,
Augustos padres de la patria mía,
Pues bien lo merecéis! La grande obra
De redención al fin está cumplida;
Y no llegue á turbar vuestro reposo
El tumulto de lucha fratricida.

Hoy á vuestros sepulcros hace sombra
La bandera del iris, enlazada
Á la de los castillos y leones;
Que el odio no es eterno
En los pobres humanos corazones;
Y llegó el día en que la madre España
Estrechase á Colombia entre sus brazos,
Depuesta ya la saña;
No sierva, no señora;
Libres las dos como las hizo el cielo.
¡Ah! ¿ni cómo podría

Hallarse la hija siempre separada
Del dulce hogar paterno,
Ni consentir la cariñosa madre
Que tal apartamiento fuera eterno?

En esos años de la ausencia fiera,
El recuerdo de España
Seguíanos doquiera.
Todo nos es común: su Dios, el nuestro;
La sangre que circula por sus venas
Y el hermoso lenguaje;
Sus artes, nuestras artes; la armonía
De sus cantos, la nuestra; sus reveses
Nuestros también, y nuestras
Las glorias de Bailén y de Pavía.

Si á veces distraídos
Fijábamos los ojos
Á contemplar las hijas de Colombia;
En el porte elegante,
En el puro perfil de su semblante,
En su mirada ardiente y en el dejo
Melosó de la voz, eran retrato
De sus nobles abuelas;
Copia feliz de gracia soberana,
En que agradablemente se veía
El decoro y nobleza castellana
Y el donaire y la sal de Andalucía;
Y entonces exclamábamos: Un nombre

Terrible, España, tienes; ¡pero suena
Qué dulcemente al corazón del hombre!

¡Oh! ¡que esta santa alianza eterna sea,
Y el pendón de Castilla y de Colombia
Unidos siempre el universo vea!
Y que al ¡viva Colombia! que repiten
El áureo Tajo, y Ebro y Manzanares,
¡Responda el eco que rodando vaya
Por los tranquilos mares
Á la ibérica playa
De ¡viva España! con que el Ande atruena
El Cauca, el Orinoco, el Magdalena!

DON JOSÉ EUSEBIO CARO

EL CIPRÉS

¡Árbol sagrado, que la obscura frente,
Inmóvil, majestuoso,
Sobre el sepulcro humilde y silencioso
Despliegas hacia el cielo tristemente!
Tú, sí, tú solamente
Al tiempo en que se duerme el rey del mundo
Tras las altas montañas de occidente,
Me ves triste vagando
Entre las negras tumbas,
Con los ojos en llanto humedecidos,
Mi orfandad y miseria lamentando.

Y cuando ya de la apacible luna
La luz de perla en tu verdor se acoge,
Sólo tu tronco escucha mis gemidos,
Sólo tu pie mis lágrimas recoge.

¡Ay! hubo un tiempo en que feliz y ufano
Al seno paternal me abandonaba;
En que con blanda mano
Una madre amorosa
De mi niñez las lágrimas secaba . . .
¡Y hoy, huérfano, del mundo desechado,
Aquí en mi patria misma
Solitario viajero,
Desde lejos contemplo acongojado
Sobre los techos de mi hogar primero
El humo blanquear del extranjero!
Entre el bullicio de los pueblos busco
Mis tiernos padres para mí perdidos;
¡Vanamente! . . . Los rostros de los hombres
Me son desconocidos.
Y sus manes, empero, noche y día
Presentes á mis ojos afligidos
Contino están; contino sus acentos
Vienen á resonar en mis oídos.

¡Sí, funeral ciprés! Cuando la noche
Con su callada sombra te rodea,
Cuando escondido el solitario buho
En tus obscuros ramos aletea;

La sombra de mi padre por tus hojas
Vagando me parece,
Que á velar por los días de su hijo
Del reino de los muertos se aparece.
Y si el viento sacude impetüoso
Tu elevada cabeza,
Y á su furor con susurrar medroso
Respondes pavoroso;
En los tristes silbidos
Que en torno de ti giran,
Á los paternos manes
Escucho, que dulcísimos suspiran.

¡Árbol augusto de la muerte! ¡Nunca
Tus verdores abata el bóreas ronco!
¡Nunca enemiga, venenosa sierpe
Se enrosque en torno de tu pardo tronco!
¡Jamás el rayo ardiente
Abrase tu alta frente!
¡Siempre inmoble y sereno
Por las cóncavas nubes
Oigas rodar el impotente trueno!
Vive, sí, vive; y cuando ya mis ojos
Cerrar el dedo de la muerte quiera;
Cuando esconderse mire en occidente
Al sol por vez postrera,
Moriré sosegado
Á tu tronco abrazado.
Tú mi sepulcro ampararás piadoso

De las roncas tormentas;
Y mi ceniza entonce agradecida,
En restaurantes jugos convertida,
Por tus delgadas venas penetrando,
Te hará reverdecer, te dará vida.

Quizá sabiendo el infeliz destino
Que oprimió mi existencia desdichada,
Sobre mi pobre tumba abandonada
Una lágrima vierta el peregrino.

DON JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

LOS CAZADORES Y LA PERRILLA

Es flaca sobremanera
Toda humana previsión,
Pues en más de una ocasión
Sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana
Un experto cazador,
El más hábil y el mejor
Alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
De ejercitados monteros,
De ojeadores, ballesteros
Y de mozos de traílla;

Van todos apercibidos
De las armas necesarias,
Y llevan de castas varias
Perros diestros y atrevidos,

Caballos de noble raza,
Cornetas de monte: en fin,
Cuanto exige Moratín
En su poema *La Caza*.

Levantan pronto una pieza,
Un jabalí corpulento,
Que huye veloz, rabo á viento,
Y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla
Tras la cerdosa alimaña,
Pero ella se da tal maña
Que á todos los aturrulla;

Y aunque gastan todo el día
En paradas, idas, vueltas,
Y carreras y revueltas,
Es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
Han visto de qué manera
Pudo burlarse la fiera
De los tales cazadores,

Oigan lo que aconteció,
Y aunque es suceso que admira,
No piensen, no, que es mentira,
Que lo cuenta quien lo vió:

Al pie de uno de los cerros
Que batieron aquel día,
Una viejilla vivía,
Que oyó ladrar á los perros;

Y con gana de saber
En qué paraba la fiesta,
Iba subiendo la cuesta
Á eso del anochecer:

Con ella iba una perrilla . . .
Mas sin pasar adelante,
Es preciso que un instante
Gastemos en describilla:

Perra de canes decana
Y entre perras protoperra,
Era tenida en su tierra
Por perra antediluviana;

Flaco era el animalejo,
El más flaco de los canes,
Era el rastro, eran los manes
De un cuasi-semi-ex-gozquejo;

Sarnosa era . . . digo mal;
No era una perra sarnosa,
Era una sarna perrosa
Y en figura de animal;

Era, otrosí, derrengada;
La derribaba un resuello;
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada.

Á ver, pues, la batahola
La vieja al cerro subía,
De la perra en compañía,
Que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte
Que se hubiese el jabalí
Escondido, por si así
Se libraba de la muerte;

Empero, sintiendo luego
Que por ahí andaba gente,
Tuvo por cosa prudente
Tomar las de Villadiego;

La vieja entonces al ver
Que escapaba por la loma,
¡Sus! dijo por pura broma,
Y la perra echó á correr.

Y aquella perra extenuada,
Sombra de perra que fué,
De la cual se dijo que
No era perra ni era nada;

Aquella perrilla, sí,
¡Cosa es de volverse loco!
No pudo coger tampoco
Al maldito jabalí.

DON MIGUEL ANTONIO CARO

LA VUELTA Á LA PATRIA

Mirad al peregrino
¡Cuán doliente y trocado!
Apoyándose lento en su cayado
¡Qué solitario va por su camino!

En su primer mañana,
Alma alegre y cantora
Abandonó el hogar, como á la aurora
Deja su nido la avecilla ufana.

Aire y luz, vida y flores,
Buscó en la vasta y fría
Región que la inocente fantasía
Adornaba con mágicos fulgores.

Ve el mundo, oye el rüido
De las grandes ciudades,
Y sólo vanidad de vanidades
Halla doquier su espíritu afligido

Materia da á su llanto
Cuanto el hombre le ofrece;
Ya la risa en sus labios no florece,
Y olvidó la nativa voz del canto.

Hízose pensativo;
Las nubes y las olas
Sus confidentes son, y trata á solas
El sitio más repuesto y más esquivo

Á su penar responde
En la noche callada,
La estrella que declina fatigada
Y en el materno piélago se esconde

¡Vuelve, vuelve á tu centro!
Natura al infelice
Clama; *¡vuelve!* una voz también le dice
Que habla siempre con él, amiga, adentro.

¡Ay triste! En lontananza
Ve los pasados días,
Y en gozar otra vez sus alegrías
Concentra reanimado la esperanza.

¡Imposible! ¡Locura! . . .
¿Cuándo pudo á su fuente
Retroceder el mísero torrente
Que probó de los mares la amargura?

Ya sube la colina
Con mal seguro paso;
Del sol poniente al resplandor escaso
El valle de la infancia se domina.

¡Ay! Ese valle umbrío
Que la paterna casa
Guarece; ese rumor con que acompasa
Sus blandos tumbos el sagrado río;

Esa aura embalsamada
Que sus sienes orea,
¿Á un corazón enfermo que desea
Su antigua soledad, no dicen nada?

El pobre peregrino
Ni oye, ni ve, ni siente;
De la Patria la imagen en su mente
No existe ya, sino ideal divino.

Invisible le toca
Y sus párpados cierra
Ángel piadoso, y la ilusión destierra,
Y el dulce sonreir vuelve á su boca.

¡Qué muda despedida!
¿Quién muerto le creyera?
¡Mirando está la Patria verdadera!
¡Está durmiendo el sueño de la vida!

DON DIÓGENES A. ARRIETA

EN LA TUMBA DE MI HIJO

. . . . . .

¡Espejismos del alma dolorida! . . .
¡Hermosas esperanzas de la vida
Que disipa la muerte con crueldad!
Para engañar las penas nos forjamos
Imágenes de dicha, y luego damos
Á la Ilusión el nombre de Verdad.

Aquí te llamo y nadie me responde:
Sorda y cruel, la tierra que te esconde
Ni el eco de mi voz devolverá.
Así la Eternidad: sombría y muda,
El odio ni el amor, la fe y la duda
En sus abismos nada alcanzarán.

Otros alienten la creencia vana
De que es posible á la esperanza humana
De la muerte sacar vida y amor.
Si es cruel la verdad, yo la prefiero . . .
¡Me duele el corazón, pero no quiero
Consolar con mentiras mi dolor!

¡Hijo querido, la esperanza mía!
Animaste mi hogar tan sólo un día,
No volvemos á vernos ya los dos . . .
Pues que la ley se cumpla del destino:
Tomo mi cruz y sigo mi camino . . .
¡Luz de mi hogar y mi esperanza, adiós!

DON IGNACIO GUTIÉRREZ PONCE

DOLORA

El ángel de mi cielo, mi María,
Que á la primera vuelta de las flores
Tres años cumplirá, medrosa un día
Buscó refugio en mis abiertos brazos,
Y cuando entre caricias y entre abrazos,
Que prodigué, con paternal empeño,
Hubo al fin disipado sus temores,
Trocando así en sonrisas sus clamores,
Cerró los ojos en tranquilo sueño.

En silencio quedó la estancia mía;
Y sintiéndome ansioso
De no turbar el infantil reposo
De mi bien, en mi pecho reclinado,
Inmóviles mis miembros mantenía,
Y mi amoroso corazón latía
Al ritmo de su aliento sosegado.

Sobre su faz serena,
Regadas como límpido rocío
En el cáliz de pálida azucena,
Brillaban gotas del reciente lloro,
Y las guedejas de oro
Del undoso cabello
Caían arropando su albo cuello.

Así nos sorprendió mi tierna esposa,
Que á la par temerosa
De interrumpir mi sueño de ventura,
Con paso leve recorrió el estrado
Y sin sentirla yo, vino á mi lado.

Aquella dulce calma
Que reinaba entre mí y en torno mío,
Llenóme al fin de arrobamiento el alma
Y se quedó mi mente
Enajenada en éxtasis creciente.

Absorto siempre en ella,
Con íntimo lenguaje la decía:
«Eres botón de flor embalsamado
Con aromas del cielo todavía.»
Y al verla así, tan bella,
Con plácido embeleso
Á su rosada frente
Fuíme inclinando para darla un beso;

Pero escuché, de súbito, á mi lado,
Algo como un sollozo;
Y mirando con ojos sorprendidos,
Hallé los de mi esposa humedecidos
Por inefable gozo . . .
«No la despiertes,» díjome sencilla,
Y me acercó su cándida mejilla.

DON JOSÉ MARÍA GARAVITO A.

VOLVERÉ MAÑANA

I

—¡Adiós! ¡adiós! Lucero de mis noches,
— Dijo un soldado al pie de una ventana, —
¡Me voy! . . . pero no llores, alma mía,
Que volveré mañana.
Ya se asoma la estrella de la aurora,
Ya se divisa en el oriente el alba,
Y en mi cuartel tambores y cornetas
Están tocando *diana*.

II

Horas después, cuando la negra noche
Cubrió de luto el campo de batalla,
Á la luz del vivac pálida y triste,
Un joven expiraba.
Alguna cosa de *ella* el centinela
Al mirarlo morir, dijo en voz baja . . .

Alzó luego el fusil, bajó los ojos
Y se enjugó dos lágrimas.

III

Hoy cuentan por doquier gentes medrosas,
Que cuando asoma en el oriente el alba,
Y en el cuartel tambores y cornetas
Están tocando *diana* . . .
Se ve vagar la misteriosa sombra,
Que se detiene al pie de una ventana
Y murmura: no llores, alma mía,
Que volveré mañana.

CUBA

DON JOSÉ MARÍA HEREDIA

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el polo al ecuador. Sus llanos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
Á la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccíhual purísimo, Orizaba
Y Popocatepec; sin que el invierno
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del Sol en occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura

Á torrentes vertió su luz dorada,
Y vió á naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba
Y entre la hierba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccíhual. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él: un arco inmenso
Que del empíreo en el cenit finaba
Como espléndido pórtico del cielo
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibía
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alma noche ó el brillante día.
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
Choluteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacía,
Los ojos á espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresión, y que esta tierra

Brota mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada
Por la superstición y por la guerra? . . .

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, obscuro y más obscuro
Se fué tornando: la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccíhual purísimo volvía
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el oriente
Bien como puntos de oro centellaban
Mil estrellas y mil . . . ¡Oh! yo os saludo,
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Iluminái el velo,
Y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendía
Con lentitud, la sombra se extendía
Del Popocatepec, y semejaba
Fantasma colosal. El arco obscuro
Á mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
Que velado en vapores transparentes,

Sus inmensos contornos dibujaba
De occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos como el norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir á tus pies, que combatían
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creían
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran ruina
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
Nuevas generaciones y orgullosas,
Que fuiste negarán . . .
Todo perece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué . . .

En tal contemplación embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño,
De glorias engolfadas y perdidas

En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
Á mis ojos atónitos. Veía
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos levantarse
El déspota salvaje en rico trono,
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesión, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundía,
Y ni mirar á su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.
Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo:
Su vil superstición y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo á par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
Á la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura

Vió á la superstición más inhumana
En ella entronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazón sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.
Muda y desierta
Ahora te ves, Pirámide. ¡Más vale
Que semanas de siglos yazgas yerma,
Y la superstición á quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
Á nuestros nietos últimos, empero,
Sé lección saludable; y hoy al hombre
Que ciego en su saber fútil y vano
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.

EL NIÁGARA

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente

Brillase con su luz! . . . Niágara undoso,
Tu sublime terror sólo podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Océano,
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviendo abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso; y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente

La aterradora faz? El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde obscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
Con inútil afán? ¿Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria

Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene . . .
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
Á tu terrible majestad conviene:
La palma y mirto y delicada rosa
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: á ti la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas
Vi monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos, que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo

Á los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
¡Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente obscuro de los siglos
En insondable eternidad! . . . ¡Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes días,
Y despierta al dolor! . . . ¡Ay! agostada
Yace mi juventud; mi faz, marchita;

Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor . . . ¿Podría
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? ¡Oh¡ si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla mis amantes brazos . . .
Delirios de virtud . . . ¡Ay! ¡Desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores!

¡Niágara poderoso!
¡Adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
Á tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso,
Viéndote algún viajero,
Dar un suspiro á la memoria mía!
Y al abismarse Febo en occidente,
Feliz yo vuele do el Señor me llama,

Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alce en las nubes la radiosa frente.

«PLÁCIDO» (DON GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS)

PLEGARIA Á DIOS

¡Ser de inmensa bondad! ¡Dios poderoso!
Á vos acudo en mi dolor vehemente . . .
Extended vuestro brazo omnipotente;
Rasgad de la calumnia el velo odioso;
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

¡Rey de los Reyes! ¡Dios de mis abuelos!
¡Vos solo sois mi defensor! ¡Dios mío! . . .
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos; todo fenece,
Ó se reanima á vuestra voz sagrada;
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece;
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adán, ó por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mustia y llorosa,
Siguió tu muerte como helíaca estrella.

. . . . . .

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia . . .
¡Suene tu voz, y acabe mi existencia! . . .
¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!

DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

Á WÁSHINGTON

No en lo pasado á tu virtud modelo,
Ni copia al porvenir dará la historia,
Ni otra igual en grandeza á tu memoria
Difundirán los siglos en su vuelo.

Miró la Europa ensangrentar su suelo
Al genio de la guerra y la victoria,
Pero le cupo á América la gloria
De que al genio del bien le diera el cielo.
Que audaz conquistador goce en su ciencia
Mientras al mundo en páramo convierte,
Y se envanezca cuando á siervos mande;
¡Mas los pueblos sabrán en su conciencia
Que el que los rige libres sólo es fuerte;
Que el que los hace grandes sólo es grande!

AL PARTIR

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy á partir! . . . La chusma diligente
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.
¡Adiós, patria feliz, Edén querido!
Doquier que el hado en su furor me impela,
Tu dulce nombre halagará mi oído.
¡Adiós! . . . ¡ya cruje la turgente vela . . .
El ancla se alza . . . el buque estremecido
Las olas corta y silencioso vuela!

ECUADOR

DON JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

LA VICTORIA DE JUNÍN

Canto á Bolívar

El trueno horrendo, que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre,
Que más feroz que nunca amenazaba
Á sangre y fuego eterna servidumbre,
Y el canto de victoria
Que en ecos mil discurre, ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre,
Proclaman á Bolívar en la tierra
Árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
El arte humano osado levantaba
Para hablar á los siglos y naciones,

Templos, do esclavas manos
Deificaban en pompa á sus tiranos,
Ludibrio son del tiempo, que con su ala
Débil las toca, y las derriba al suelo,
Después que en fácil juego el fugaz viento
Borró sus mentirosas inscripciones;
Y bajo los escombros confundido
Entre las sombras del eterno olvido
¡Oh de ambición y de miseria ejemplo!
El sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente
Á la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades á su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse;
Los Andes . . . las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando,
Jamás se moverán. Ellos, burlando
De ajena envidia y del protervo tiempo
La furia y el poder, serán eternos
De Libertad y de Victoria heraldos,
Que con eco profundo
Á la postrera edad dirán del mundo:
«Nosotros vimos de Junín el campo;
Vimos que al desplegarse
Del Perú y de Colombia las banderas,
Se turban las legiones altaneras,
Huye el fiero español despavorido,

Ó pide paz rendido.
Venció Bolívar: el Perú fué libre;
Y en triunfal pompa Libertad sagrada
En el templo del Sol fué colocada.»

. . . . . .

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
Sobre el collado que á Junín domina?
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
Del combatir y del vencer desina?
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
Y en su mente la rompe y desordena,
Y á los más bravos á morir condena,
Cual águila caudal que se complace
Del alto cielo en divisar su presa
Que entre el rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya desciende
Pronto y apercibido á la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
Nube tremenda: el brillo de su espada
Es el vivo reflejo de la gloria;
Su voz un trueno; su mirada un rayo.
¿Quién aquel que, al trabarse la batalla,
Ufano como nuncio de victoria,
Un corcel impetuoso fatigando,
Discurre sin cesar por toda parte? . . .
¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,
Mirad allí los duros opresores

De vuestra patria. Bravos colombianos,
En cien crudas batallas vencedores,
Mirad allí los enemigos fieros
Que buscando venís desde Orinoco:
Suya es la fuerza, y el valor es vuestro,
Vuestra será la gloria;
Pues lidiar con valor y por la patria
Es el mejor presagio de victoria.
Acometed: que siempre
De quien se atreve más el triunfo ha sido:
Quien no espera vencer, ya está vencido.»

Dice; y al punto, cual fugaces carros
Que, dada la señal, parten, y en densos
De arena y polvo torbellinos ruedan,
Arden los ejes, se estremece el suelo,
Estrépito confuso asorda el cielo,
Y en medio del afán cada cual teme
Que los demás adelantarse puedan;
Así los ordenados escuadrones,
Que del iris reflejan los colores
Ó la imagen del sol en sus pendones,
Se avanzan á la lid. ¡Oh! ¡quién temiera,
Quién, que su ímpetu mismo los perdiera!

. . . . . .

Tal el héroe brillaba
Por las primeras filas discurriendo.
Se oye su voz, su acero resplandece
Do más la pugna y el peligro crece;

Nada le puede resistir . . . Y es fama,
¡Oh portento inaudito!
Que el bello nombre de Colombia escrito
Sobre su frente en torno despedía
Rayos de luz tan viva y refulgente,
Que deslumbrado el español desmaya,
Tiembla, pierde la voz, el movimiento:
Sólo para la fuga tiene aliento.

Así, cuando en la noche algún malvado
Va á descargar el brazo levantado,
Si de improviso lanza un rayo el cielo,
Se pasma, y el puñal trémulo suelta;
Hielo mortal á su furor sucede;
Tiembla y horrorizado retrocede.
Ya no hay más combatir. El enemigo
El campo todo y la victoria cede.
Huye cual ciervo herido; y á donde huye
Allí encuentra la muerte. Los caballos
Que fueron su esperanza en la pelea,
Heridos, espantados, por el campo
Ó entre las filas vagan, salpicando
El suelo en sangre que su crin gotea;
Derriban al jinete, lo atropellan,
Y las catervas van despavoridas,
Ó unas en otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto,
Y al impulso del aire, que vibrando

Sube en clamores y alaridos lleno,
Tremen las cumbres que respeta el trueno.
Y discurriendo el vencedor en tanto
Por cimas de cadáveres y heridos,
Postra al que huye, perdona á los rendidos.

¡Padre del universo, sol radioso,
Dios del Perú, modera omnipotente
El ardor de tu carro impetüoso,
Y no escondas tu luz indeficiente! . . .
¡Una hora más de luz! . . . Pero esta hora
No fué la del Destino. El dios oía
El voto de su pueblo, y de la frente
El cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora,
En mayor disco menos luz ofrece,
Y veloz tras los Andes se obscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche,
Y las reliquias del perdido bando,
Con sus tristes y atónitos caudillos,
Corren sin saber dónde espavoridas,
Y de su sombra misma se estremecen;
Y al fin en las tinieblas ocultando
Su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡Victoria por la patria! ¡oh Dios! ¡Victoria!
¡Triunfo á Colombia y á Bolívar gloria!

. . . . . .

MÉXICO

DON JOSÉ JOAQUÍN DE PESADO

LA SERENATA

¡Oh, tú, que duermes en casto lecho,
De sinsabores ajeno el pecho,
Y á los encantos de la hermosura
Unes las gracias del corazón,
Deja el descanso, doncella pura,
Y oye los ecos de mi canción!
¿Quién en la tierra la dicha alcanza?
Iba mi vida sin esperanza,
Cual nave errante sin ver su estrella,
Cuando me inundas en claridad;
Y desde entonces, gentil doncella,
Me revelaste felicidad.
¡Oh, si las ansias decir pudiera
Que siente el alma, desde que viera
Ese semblante que amor inspira
Y los hechizos de tu candor!
Mas, rudo el labio, torpe la lira,
Decir no puede lo que es amor.
Del Iris puede pintarse el velo;

Del sol los rayos, la luz del cielo;
La negra noche, la blanca aurora;
Mas no tus gracias ni tu poder,
Ni menos puede de quien te adora
Decirse el llanto y el padecer.

Amor encuentra doquier que vuelva
La vista en torno; la verde selva,
Florido el prado y el bosque umbrío,
La tierna hierba, la hermosa flor,
Y la cascada, y el claro río,
Todos me dicen: amor, amor.
Cuando te ausentas, el campo triste
De luto y sombras luego se viste;
Mas si regresas, la primavera
Hace sus galas todas lucir:
¡Oh, nunca, nunca de esta ribera,
Doncella hermosa, quieras partir!

. . . . . .

DON FERNANDO CALDERÓN

LA ROSA MARCHITA

¿Eres tú, triste rosa,
La que ayer difundía
Balsámica ambrosía,
Y tu altiva cabeza levantando
Eras la reina de la selva umbría?

¿Por qué tan pronto, dime,
Hoy triste y desolada
Te encuentras de tus galas despojada?

Ayer viento süave
Te halagó cariñoso;
Ayer alegre el ave
Su cántico armonioso
Ejercitaba, sobre ti posando;
Tú, rosa, le inspirabas,
Y á cantar sus amores le excitabas.

Tal vez el fatigado peregrino,
Al pasar junto á ti, quiso cortarte:
Tal vez quiso llevarte
Algún amante á su ardoroso seno;
Pero al ver tu hermosura,
La compasión sintieron,
Y su atrevida mano detuvieron.

Hoy nadie te respeta:
El furioso aquilón te ha deshojado.
Ya nada te ha quedado
¡Oh reina de las flores!
De tu brillo y tus colores.

La fiel imagen eres
De mi triste fortuna:
¡Ay! todos mis placeres,
Todas mis esperanzas una á una
Arrancándome ha ido

Un destino funesto, cual tus hojas
Arrancó el huracán embravecido!

¿Y qué, ya triste y sola,
No habrá quien te dirija una mirada?
¿Estarás condenada
Á eterna soledad y amargo lloro?
No, que existe un mortal sobre la tierra,
Un joven infeliz, desesperado,
Á quien horrible suerte ha condenado
Á perpetuo gemir: ven, pues, ¡oh rosa!
Ven á mi amante seno, en él reposa
Y ojalá de mis besos la pureza
Resucitar pudiera tu belleza.

Ven, ven, ¡oh triste rosa!
Si es mi suerte á la tuya semejante,
Burlemos su porfía;
Ven, todas mis caricias serán tuyas,
Y tu última fragancia será mía.

DON MANUEL ACUÑA

NOCTURNO

Á Rosario

I

¡Pues bien! yo necesito
Decirte que te adoro,
Decirte que te quiero

Con todo el corazón;
Que es mucho lo que sufro,
Que es mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto,
Y al grito en que te imploro
Te imploro y te hablo en nombre
De mi última ilusión.

II

Yo quiero que tú sepas
Que ya hace muchos días
Estoy enfermo y pálido
De tanto no dormir;
Que ya se han muerto todas
Las esperanzas mías;
Que están mis noches negras,
Tan negras y sombrías,
Que ya no sé ni dónde
Se alzaba el porvenir.

III

De noche, cuando pongo
Mis sienes en la almohada
Y hacia otro mundo quiero
Mi espíritu volver,
Camino mucho, mucho,
Y al fin de la jornada
Las formas de mi madre
Se pierden en la nada,

Y tú de nuevo vuelves
En mi alma á aparecer.

IV

Comprendo que tus besos
Jamás han de ser míos;
Comprendo que en tus ojos
No me he de ver jamás;
Y te amo, y en mis locos
Y ardientes desvaríos
Bendigo tus desdenes,
Adoro tus desvíos,
Y en vez de amarte menos,
Te quiero mucho más.

V

Á veces pienso en darte
Mi eterna despedida,
Borrarte en mis recuerdos
Y hundirte en mi pasión;
Mas si es en vano todo
Y el alma no te olvida,
¡Qué quieres tú que yo haga,
Pedazo de mi vida;
Qué quieres tú que yo haga
Con este corazón!

VI

Y luego que ya estaba
Concluido tu santuario,

Tu lámpara encendida,
Tu velo en el altar,
El sol de la mañana
Detrás del campanario,
Chispeando las antorchas,
Humeando el incensario,
Y abierta allá á lo lejos
La puerta del hogar . . .

VII

¡Qué hermoso hubiera sido
Vivir bajo aquel techo,
Los dos unidos siempre
Y amándonos los dos;
Tu siempre enamorada,
Yo siempre satisfecho,
Los dos una sola alma,
Los dos un solo pecho,
Y en medio de nosotros
Mi madre como un Dios!

VIII

¡Figúrate qué hermosas
Las horas de esa vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
Por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
Mi santa prometida.
Y al delirar en eso

Con la alma estremecida,
Pensaba yo en ser bueno
Por ti, no más por ti.

IX

Bien sabe Dios que ése era
Mi más hermoso sueño,
Mi afán y mi esperanza,
Mi dicha y mi placer;
¡Bien sabe Dios que en nada
Cifraba yo mi empeño,
Sino en amarte mucho
Bajo el hogar risueño
Que me envolvió en sus besos
Cuando me vió nacer!

X

Ésa era mi esperanza . . .
Mas ya que á sus fulgores
Se opone el hondo abismo
Que existe entre los dos,
¡Adiós por la vez última,
Amor de mis amores;
La luz de mis tinieblas,
La esencia de mis flores;
Mi lira de poeta,
Mi juventud, adiós!

DON JUAN DE DIOS PEZA

REIR LLORANDO

. . . . . .

¡Cuántos hay que, cansados de la vida,
Enfermos de pesar, muertos de tedio,
Hacen reir como el actor suicida,
Sin encontrar, para su mal, remedio!

¡Ay! ¡Cuántas veces al reir se llora!
¡Nadie en lo alegre de la risa fíe,
Porque en los seres que el dolor devora
El alma llora cuando el rostro ríe!

Si se muere la fe, si huye la calma,
Si sólo abrojos nuestra planta pisa,
Lanza á la faz la tempestad del alma
Un relámpago triste: la sonrisa.

El carnaval del mundo engaña tanto,
Que las vidas son breves mascaradas;
Aquí aprendemos á reir con llanto,
Y también á llorar con carcajadas.

FUSILES Y MUÑECAS

Juan y Margot, dos ángeles hermanos,
Que embellecen mi hogar con sus cariños,
Se entretienen con juegos tan humanos
Que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
Y monta en una caña endeble y hueca,
Besa Margot con labios de granado
Los labios de cartón de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas,
Y alegres sueñan en tan dulces lazos:
Él, que cruza sereno entre las balas;
Ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
El kepis de papel sobre la frente,
Alienta al niño en su inocencia grata
El orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles,
Que en este mundo que su afán recrea,
Son como el suyo todos los fusiles
Con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen,
Que es igual el más débil al más fuerte,
Y que, si se disparan, no producen
Humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana!
Siempre lo opuesto buscas en la tierra:
Ya delira Margot por ser anciana,
Y Juan que vive en paz ama la guerra.

Mirándolos jugar, me aflijo y callo;
¡Cuál será sobre el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo,
La niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,
La niña arrulla á su muñeca inerme,
Y mientras grita el uno: Fuego, Fuego,
La otra murmura triste: Duerme, Duerme.

Á mi lado ante juegos tan extraños
Concha, la primogénita, me mira:
¡Es toda una persona de seis años
Que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza
Mientras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,
Cuando la negra duda me avasalla,
Se me cuelga del cuello, me da un beso,
Se le saltan las lágrimas, y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,
Y oprimiendo mi mano entre sus manos,
Parece que medita en muchas cosas
Al mirar como juegan sus hermanos . . .

. . . . . .

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños;
¡Cómo han de ser los sueños de los hombres
Más dulces que los sueños de los niños!

. . . . . .

NICARAGUA

DON RUBÉN DARÍO

Á ROOSEVELT

Es con voz de la Biblia ó verso de Walt Whitman
Que habría que llegar hasta ti, ¡cazador!
Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
Con un algo de Wáshington y mucho de Nemrod.
Eres los Estados Unidos,
Eres el futuro invasor
De la América ingenua que tiene sangre indígena,
Que aun reza á Jesucristo y aun habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
Eres culto, eres hábil; te opones á Tolstoy.
Y domando caballos ó asesinando tigres,
Eres un Alejandro Nabucodonosor.
(Eres un profesor de Energía
Como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es incendio,
Que el progreso es erupción,
Que en donde pones la bala
El porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
Que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis, se oye como el rugir de un león.
Ya Hugo á Grant lo dijo: «Las estrellas son vuestras.»
(Apenas brilla alzándose el argentino sol
Y la estrella chilena se levanta . . .) Sois ricos;
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mamnón;
Y alumbrando el camino de la fácil conquista,
La Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra que tenía poetas
Desde los viejos tiempos de Netzhualcoyolt,
Que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco
Que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió,
Que consultó los astros, que conoció la atlántida
Cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
Que desde los remotos momentos de su vida
Vive de luz, de fuego, de perfume y de amor,
La América del grande Moctezuma, del Inca,
La América fragante de Cristóbal Colón,
La América católica, la América española,
La América en que dijo el noble Guatemoc:
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América
Que tiembla de huracanes y que vive de amor,
Hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive
Y sueña. Y ama y vibra; y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!

Hay mil cachorros sueltos del león español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo,
El Riflero terrible y el fuerte cazador,
Para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

VENEZUELA

DON ANDRÉS BELLO

Á LA VICTORIA DE BAILÉN

Rompe el León soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena.

La espuma del furor sus labios llena
Y á los rugidos que indignado envía
El tigre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.

El León despertó; ¡temblad, traidores!
Lo que vejez creísteis, fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
Á la tímida liebre, al ciervo manso;
No insultéis al monarca de las fieras.

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

¡Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes

El vago curso, y cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das á la hirviente cuba:
No de purpúrea flor, ó roja, ó gualda,
Á tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte,
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbre del zafiro;
El vino es tuyo, que la herida agave
Para los hijos vierte
Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya
Que, cuando de süave
Humo en espiras vagorosas huya,

Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo,
Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará á Lieo.
Para tus hijos la procera palma
Su vario feudo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía:
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores;
Y para ti el maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hinche su grano;
Y para ti el banano
Desmaya al peso de su dulce carga;
El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia á las gentes
Del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo:
No es á la podadera, no al arado
Deudor de su racimo;
Escasa industria bástale, cual puede

Hurtar á sus fatigas mano esclava:
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.

. . . . . .

¡Oh! ¡Los que afortunados poseedores
Habéis nacido de la tierra hermosa
En que reseña hacer de sus favores,
Como para ganaros y atraeros,
Quiso naturaleza bondadosa!
Romped el duro encanto
Que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
El mercader que, necesario al lujo,
Al lujo necesita,
Los que anhelando van tras el señuelo
Del alto cargo y del honor ruidoso,
La grey de aduladores parasita,
Gustosos pueblen ese infecto caos;
El campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita:
No allá donde el magnate
Entre armados satélites se mueve,
Y de la moda, universal señora,
Va la razón al triunfal carro atada,
Y á la fortuna la insensata plebe,
Y el noble al aura popular adora.
¿Ó la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,
La solitaria calma

En que, juez de sí misma, pasa el alma
Á las acciones muestra,
Es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables goces,
Felicidad, cuanta es al hombre dada
Y á su terreno asiento, en que vecina
Está la risa al llanto, y siempre ¡ah! siempre,
Donde halaga la flor, punza la espina?
Id á gozar la suerte campesina;
La regalada paz, que ni rencores,
Al labrador, ni envidias acibaran;
La cama que mullida le preparan
El contento, el trabajo, el aire puro;
Y el sabor de los fáciles manjares,
Que dispendiosa gula no le aceda;
Y el asilo seguro
De sus patrios hogares
Que á la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que á la enojosa
Vejez retarda el paso,
Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
De amor la llama, que templó el recato?
¿Ó menos aficiona la hermosura
Que de extranjero ornato
Y afeites impostores no se cura?
¿Ó el corazón escucha indiferente

El lenguaje inocente
Que los afectos sin disfraz expresa
Y á la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
La risa se compone, el paso, el gesto;
No falta allí carmín al rostro honesto
Que la modestia y la salud colora,
Ni la mirada que lanzó al soslayo
Tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
Más venturosos lazos himeneo,
Do el interés barata,
Tirano del deseo,
Ajena mano y fe por nombre ó plata,
Que do conforme gusto, edad conforme,
Y elección libre, y mutuo ardor los ata?

. . . . . .

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
Alzáis sobre el atónito Occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad al campo, honrad la simple vida
Del labrador y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes á la senda
De la inmortalidad, ardua y fragosa,
Se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa

Vuestra posteridad, y nuevos nombres
Añadiendo la fama
Á los que ahora aclama,
«Hijos son éstos, hijos
(Pregonará á los hombres)
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima:
De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo y en Junín, y en la campaña
Gloriosa de Apurima,
Postrar supieron al león de España.»

DON JUAN A. PÉREZ BONALDE

VUELTA Á LA PATRIA

Á mi hermana Elodia

¡Tierra! grita en la prora el navegante,
Y confusa y distante,
Una línea indecisa
Entre brumas y ondas se divisa.
Poco á poco del seno
Destacándose va, del horizonte,
Sobre el éter sereno
La cumbre azul de un monte;
Y así como el bajel se va acercando,
Va extendiéndose el cerro
Y unas formas extrañas va tomando;

Formas que he visto cuando
Soñaba con la dicha en mi destierro.

Ya la vista columbra
Las riberas bordadas de palmares,
Y una brisa cargada con la esencia
De silvestres violetas y azahares
En mi memoria alumbra
El recuerdo feliz de mi inocencia,
Cuando pobre de años y pesares
Y rico de ilusiones y alegría,
Bajo las palmas retozar solía
Oyendo el arrullar de las palomas,
Bebiendo luz y respirando aromas.

Hay algo en esos rayos brilladores
Que juegan por la atmósfera azulada,
Que me habla de ternuras y de amores
De una dicha pasada;
Y el viento al suspirar entre las cuerdas
Parece que me dice: — ¿No te acuerdas? . . .
Ese cielo, ese mar, esos cocales,
Ese monte que dora
El sol de las regiones tropicales . . .
¡Luz! ¡luz al fin! los reconozco ahora;
Son ellos, son los mismos de mi infancia,
Y esas playas que al sol del mediodía
Brillan á la distancia,
¡Oh inefable alegría!
Son las riberas de la patria mía.

Ya muerde el fondo de la mar hirviente
Del ancla el férreo diente;
Ya se acercan los botes desplegando
Al aire puro y blando
La enseña tricolor del pueblo mío.
¡Á tierra! ¡á tierra! ¡Ó la emoción me ahoga,
Ó se adueña de mi alma el desvarío!

Llevado en alas de mi ardiente anhelo,
Me lanzo presuroso al barquichuelo
Que á las riberas del hogar me invita.
Todo es grata armonía: los suspiros
De la onda de zafir que el remo agita,
De las marinas aves
Los caprichosos giros,
Y las notas süaves
Y el timbre lisonjero,
Y la magia que toma,
Hasta en labios del tosco marinero,
El dulce son de mi nativo idioma.

¡Volad, volad veloces,
Ondas, aves y voces!
Id á la tierra en donde el alma tengo,
Y decidle que vengo
Á reposar, cansado caminante,
Del hogar á la sombra un solo instante.
Decidle que en mi anhelo, en mi delirio
Por llegar á la orilla, el pecho siente

De Tántalo el martirio;
Decidle, en fin, que mientra estuve ausente
Ni un día, ni un instante la he olvidado,
Y llevadle este beso que os confío,
Tributo adelantado
Que desde el fondo de mi ser le envío.
¡Boga, boga remero! ¡Así! ¡Llegamos!
¡Oh, emoción hasta ahora no sentida!
Ya piso el santo suelo en que probamos
El almíbar primero de la vida.
Tras ese monte azul, cuya alta cumbre
Lanza reto de orgullo
Al zafir de los cielos,
Está el pueblo gentil donde al arrullo
Del maternal amor rasgué los velos
Que me ocultaban la primera lumbre.
¡En marcha, en marcha, postillón; agita
El látigo inclemente!
Y á más andar el coche diligente
Por la orilla del mar se precipita.

No hay peña ni ensenada que en mi mente
No venga á despertar una memoria;
Ni hay ola que en la arena humedecida
No escriba con espuma alguna historia
De los felices tiempos de mi vida.
Todo me habla de sueños y cantares,
De paz, de amor y de tranquilos bienes;
Y el aura fugitiva de los mares

Que viene, leda, á acariciar mis sienes,
Me susurra al oído
Con misterioso acento: ¡Bienvenido!

. . . . . .

DON HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA

ÚLTIMA ILUSIÓN

Cayó empuñando el invencible acero
Que coronó de lauros la victoria,
Terror de extraños, de su patria gloria,
En traidora asechanza el caballero.
«— Llevad mi espada al pueblo por quien muero.
Y airado el pueblo vengue mi memoria . . .
Este anillo á . . . mi amor . . . La negra historia
Á mi madre callad.» — Dijo el guerrero.

Sucumbió el héroe . . . ¡Sacrificio vano!
Que al suspiro final de su agonía
Besaba el pueblo la traidora mano:
¡Á otro amador la amada sonreía!
Sólo la madre en su dolor tirano
Al guerrero lloraba noche y día.

Spanish Grammars, Readers, Etc.

Crawford's Spanish Composition.
By J. P. W. CRAWFORD of the University of Pennsylvania. iv + 127 pp. 16mo. 75 cents.

Harrison's Spanish Correspondence.
By E. S. HARRISON, Instructor in the Commercial High School, Brooklyn, N. Y. viii + 157 pp. 12mo. $1.00.

Hills's Spanish Tales for Beginners.
By E. C. HILLS, Professor of Romance Languages in Colorado College. With notes and vocabulary. 298 pp. 16mo. $1.00.

Olmsted and Gordon's Spanish Grammar.
By E. W. OLMSTED and ARTHUR GORDON, Professors in Cornell University. [*In press.*]

Ramsey's Spanish Grammar. WITH EXERCISES.
By M. M. RAMSEY, formerly Professor in Stanford University. 610 pp. 12mo. $1.50.

Ramsey's Text-book of Modern Spanish.
By M. M. RAMSEY. xi + 653 pp. 12mo. $1.80.

Ramsey's Elementary Spanish Reader.
By M. M. RAMSEY, With original illustrations and and a vocabulary. x + 240 pp. 16mo. $1.00.

Ramsey and Lewis's Spanish Prose Composition.
By M. M. RAMSEY and ANITA J. LEWIS. viii + 144 pp. 16mo. 90 cents.

Schilling's Spanish Grammar.
Translated and edited by FREDERICK ZAGEL. 340 pp. 12mo. $1.10.

Schilling's Don Basilio.
Translated and edited by FREDERICK ZAGEL. A guide to Spanish conversation and correspondence. vii + 156 pp. 12mo. $1.00.

HENRY HOLT AND COMPANY
PUBLISHERS NEW YORK

NEW SPANISH SERIES

Under the general Editorship of Professor J. D. M. Ford of Harvard University.

A Brief History of Spanish Literature. By J. D. M. FORD, Professor in Harvard University. [*In preparation.*]

Alarcón (Ruiz de): Las Paredes Oyen. Edited by CAROLINE BOURLAND, Professor in Smith College. [*In preparation.*]

Ayala: Consuelo. Edited by AURELIO M. ESPINOSA, Assistant Professor in Stanford University. [*In preparation.*]

Calderón: El Magico Prodigioso. Edited by A. F. KUERSTEINER, Professor in Indiana University. [*In preparation.*]

Calderón: El Alcalde de Zalamea. Edited by B. P. BOURLAND, Professor in Adelbert College. [*In preparation.*]

Cervantes: Novelas Ejemplares. (Selections.) Edited by HUGO A. RENNERT, Professor in the University of Pennsylvania. [*In preparation.*]

Hartzenbusch: La Coja y el Encogido. Edited by J. GEDDES, Jr., Professor in Boston University. [*In preparation.*]

Hills and Morley's Modern Spanish Lyrics. Edited by E. C. HILLS, Professor in Colorado College and Dr. S. G. Morley. [*In preparation.*]

Ibáñez (Blasco): La Barraca. Edited, with vocabulary, by R. H. KENISTON. 325 pp. 16mo. 90 cents.

The Lyrics of Luis de León. Edited by J. D. M. FORD, Professor in Harvard University. [*In preparation.*]

Morley's Spanish Ballads. Edited by Dr. S. GRISWOLD MORLEY. [*In preparation.*]

The Prohemio of the Marques de Santillana. Being the first critical account of the poetry of Italy, France and Spain down to the middle of the fifteenth century. Critical edition of the Castilian text, with Introduction, Translation into English and a Commentary, by H. R. Lang, Professor in Yale University. [*In preparation.*]

Selgas: La Mariposa Blanca. Edited, with vocabulary, by H. A. KENYON, Instructor in the University of Michigan. 121 pp. 16mo. 60 cents.

Three Modern One-Act Comedies. Edited, with vocabulary, by F. W. MORRISON, of the U. S. Naval Academy, Annapolis. 186 pp. 16mo. 60 cents.

Valdés: La Hermana San Sulpicio. Edited by J. G. GILL, Professor in Trinity College, Conn. [*In preparation.*]

HENRY HOLT AND CO. 34 West 33d Street, N. Y.
378 Wabash Ave., Chicago